LA SEÑORITA CAPRICHO

VODEVIL EN TRES ACTOS

ARREGLO CASTELLANO DE

LA DAME DE CHEZ MAXIM

DE

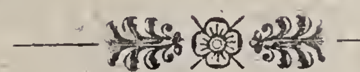
M. GEORGES FEYDEAU

ADAPTACIÓN Y CANTABLES DE

RAMÓN ASENSIO MAS y JOSÉ JUAN CADENAS

MÚSICA DEL

MAESTRO BERENY



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1913

LA SEÑORITA CAPRICHO

LA SEÑORITA CAPRICHO

VODEVIL EN TRES ACTOS

ARREGLO CASTELLANO DE

LA DAME DE CHEZ MAXIM

DE

M. GEORGES FEYDEAU

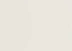
ADAPTACIÓN Y CANTABLES DE

RAMÓN ASENSIO MAS y JOSÉ JUAN CADENAS

MÚSICA DEL

MAESTRO BERENY

Estrenado, con extraordinario éxito, en el TEATRO DE LA ZARZUELA de Madrid, la noche del 4 de Septiembre de 1913



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1913

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
CAPRICHO	Srta.	Rodríguez.
GABRIELA	Sra.	Cortés.
CLEMENTINA	Srta.	Iglesias.
LA DUQUESA	Sra.	Valero.
LA SEÑORA VIDOBÁN		Perales.
LA SEÑORA ROSIÑOL	Srta.	Suárez.
LA SEÑORA LAVIRET		Zuffoli.
LA SEÑORA DUPUY		Sanz (M.)
LA SEÑORA PUÁN		Sanz (C.)
LA SEÑORA MONTCHARMONT		Aguila (M.)
EL DOCTOR PETIPÓN	Sr.	Ballester.
MONTRICUR		Viñas
EL GENERAL		Banquells.
RENÉ		Bódalo.
EL PREFECTO		Recober.
CORIÑÓN		López.
EL TENIENTE CHAMEROT		Arias.
EL TENIENTE PANDILLAC		Galerón.
ALBERTO		Gascó.
EL ABATE		Ibáñez.
UN CRIADO		Delgado.
MOZO 1.º		Estrella.

Invitadas, invitados, niños y coro general

Para esta obra pintaron dos hermosas decoraciones los reputados escenógrafos Sres. Mollá y Olalla.

También confeccionó eleganíisimos vestidos de «soirée» la casa Brotons.

ACTO PRIMERO

Gabinete elegantemente amueblado en casa del doctor Petipón. En primer término izquierda, balcón; en segundo término, puerta que conduce á las habitaciones interiores de la casa. En la derecha, primero y segundo términos, puertas también. En el fondo un gran hueco que da paso á una alcoba á la inglesa que sirve de dormitorio al doctor Petipón. Dicho hueco va tapado por un gran cortináje de terciopelo que jugará cuando lo indique el diálogo. En escena un paraguas hecho girones y un sombrero de copa roto. Son las doce del dia y la habitación debe hallarse a obscuras por estar el balcón completamente cerrado.

ESCENA PRIMERA

MONTRICUR y ALBERTO, que entran de puntillas por la segunda puerta de la derecha. Después PETIPÓN, completamente oculto debajo del sofá

Hablado sobre la música

Alb. ¡Chist!... ¡No haga usted ruido!

Mont. ¿Pero está durmiendo todavía?

Alb. Sí. Es muy extraño, porque el señor doctor suele madrugar.

Mont. Pues ya ves, son las doce... ¡Como no haya estado esta noche de juerga!

Alb. ¡Calle usted por Dios! ¡De juerga! ¡qué ocurrencia!... ¡Un hombre que no bebe más que agua de Vichy!

Mont. ¿Estás seguro? (Con intención.)

Alb. Ya lo creo.

Mont. Bien; abre ese balcón... No se ve gota.

Alb. En seguida. (Descorre los cortinajes del balcón. Luz de día y rayo de sol que entra en el gabinete.)

Mont. (Al ver el desorden de los muebles.) ¿Eh?... ¿Qué es esto?

Alb. (Asombrado.) ¡Dios mío!... ¡Un paraguas abierto!... ¡El sofá boca abajo!... ¿Qué ha pasado aquí?

Mont. Vaya, vaya, es preciso despertar á ese hombre. ¡Llámale!

Alb. Llamarle, no; prefiero despertarle indirectamente.

Mont. ¿Cómo?

Alb. Cantándole una canción cualquiera. ¿Usted sabe aquella serenata que dice: *Despierta, niña graciosa?...*

Mont. Sí.

Alb. Pues con eso. Es lo único para que no se levante furioso.

Mont. ¡Caramba, qué raro!

Alb. Usted será tan amable que me hará la segunda voz, ¿verdad?

Mont. ¡Sí, hombre, sí; con tal de despertarle!...

Alb. Muy bien. Prevenido.

Mont. Pues señor... ¡Cómo iba yo á figurarme que tendría que cantarle una serenata á este zángano!

Música

Alb. ¡Despierta!...
Mont. ¡Despierta!...
Alb. Que día claro es ya...
Y alerta.
Monf. Y alerta...
Alb. Y alerta mi amor está.

—

Los dos Cantarte quiero mi canción
al pie de tu balcón,
que es para mí como un edén...
Alb. ¡Dulce bien!
Mont. ¡Mi ilusión!

Alb. ¡Mi sostén!
Mont. ¡Mi pasión!
Los dos ¡Sal, si quieres, al balcón! ..
Alb. Me verás
Mont. Y me oirás.
Alb. Y sabrás.
Mont. Flor de Abril.
Los dos Que te adoro por gentil.
Alb. Sal ya.
Los dos Bebé,
sal á tu balcón,
me consolaré.
Alb. Si no...
Los dos Si no...
memo... memo...
me moriré.
(Acaba el número y quedan los dos escuchando junto á la puerta de la alcoba.)

Hablado

Alb. (Asombradísimo.) ¡Nada!
Mont. ¡Sí que tiene el sueño ligero!
Alb. Bah, pecho al agua. (Acercándose a la alcoba y llamando.) ¡Señor doctor!... ¡Señor doctor!...
Mont ¡No contesta! (Llamando.) ¡Petipón!... ¡Petipón!...
Alb. ¡Señor doctor!
Petip. (Debajo del sofá y con acento lastimero.) ¡Ay!
Mont. / Alb. ¿Eh? (Muy asombrados.)
Mont. ¿Has oído? ¡Su voz!
Alb Pero sale del piso de abajo!
Mont. (Receloso.) ¡Es muy extraño todo esto! (Llamando nuevamente.) ¡Petipón! ¡Petipón! ¿Dónde estás?...
Petip. (Lo mismo que antes.) ¡Ay! Aquí... En la cama...
Alb. (Señalando al sofá.) ¡Si está allí!
(Corren hacia el sofá y lo levantan. Debajo aparece Petipón en mangas de camisa, con el pelo en desorden, demostrando que entró en casa la noche antes borracho perdido y no le dió tiempo á acostarse.)
Alb. / Mont. ¡Ah! (Retroceden asombrados.)
Mont. ¿Qué haces ahí?
(Petipón se restriega los ojos y mira a todas partes.)

Petip. (Sentado en el suelo.) Buenos días... ¿Se ha descansado?...

Alb. (Riendo.) ¡Atiza!

Mont. Pero, ¿cómo diablos te has metido debajo del sofá?

Petip. ¿Yo? ¿Yo debajo del sofá?

Mont. Sí, hombre, sí.

Petip. ¡Eh!... ¿qué broma es esta? ¿Quién me ha puesto el sofá encima?

Mont. Nadie. Lo que debes preguntar es quién te ha puesto á ti debajo.

Petip. (Malhumorado.) ¡Eh! Yo hago lo que quiero. Me he acostado aquí porque... porque tenía calor en la alcoba... Eso es. Y no me he quedado en el balcón, porque no me ha dado la gana... ¡Pues no faltaba más! (Transición.) ¿Dónde está la señora?

Alb. Salió esta mañana. Creo que ha ido á ver al vicario de San Sulpicio.

Mont. Menos mal que tu mujer se pasa la vida en la iglesia.

Petip. Hace lo que quiere... ¡Eso es! ¡Ahora le ha dado por el misticismo y creo que ve visiones y todo... Además, por las tardes se le aparece el ángel Gabriel y hablan de modas, de teatros... ¿A ti te importa eso?

Mont. A mí no.

Petip. Ni á mí. Cada uno habla de lo que quiere.

Alb. Si el señor no tiene nada que mandarme...

Petip. Nada. Te puedes retirar. ¡Así como así, estás estorbando!

Alb. Bien, señor; hasta ahora. (Aparte.) Vamos, hoy se despierta más amable que otros días. (Mutis segunda derecha.)

ESCENA II

PETIPÓN y MONTRICUR

Mont. (Después de contemplarle un rato.) ¡Muy bonito! ¿Conque de juerga?

Petip. (Indignado.) Quién, ¿yo? ¿Yo de juerga? Ea, pues sí. (Transición cómica.) ¿Qué hay? Cada cual hace lo que quiere. Además, tú me llevaste.

Mont. ¿Yo? ¿Qué me cuentas?

Petip. ¡Tú, sí señor! ¡Tú, que eres un libertino!

Mont. ¡Bah! No busques disculpas. Yo te dije ayer al acabar de hacer la operación á nuestro enfermo: Petipón, son las once de la noche. Hemos hecho una operación complicadísima que ha durado dos horas... Vamos á tomar una copa de Champagne.

Petip. (Rencoroso.) ¡Y me llevaste al restaurant *Maxím!*

Mont. ¡Nada más lógico! Era la noche del Gran Premio y valía la pena de dar un vistazo. Yo no tengo la culpa si tú has prolongado el vistazo... ¿Hasta qué hora?

Petip. ¡Sólo Dios lo sabe! Pero tú, ¿por qué me abandonaste en el restaurant?

Mont. Perdona, no te abandoné. Te dije *¡vámonos!* No me hiciste caso y me retiré solo. Yo soy un libertino ordenado que procuro conciliar mis placeres con mis obligaciones.

Petip. (Tomándose el pulso.) Estoy rendido... Tengo fiebre...

Mont. ¡Claro! El Champagne..., la mala noche... Harías una porción de locuras...

Petip. Sí... Es decir, no lo sé. Te juro que no recuerdo nada... Sólo sé que estoy deshecho, magullado.

Gab. (Dentro, por segunda derecha.) ¡Petipón! ¡Petipón!

Mont. ¡Tu mujer!

Petip. (Alarmado.) ¡Mi mujer! (Estirándose rápidamente la levita y arreglándose la corbata.) ¡Quiera Dios que no sospeche nada! Y tú, Montricur, ayúdame á mentir, ¿eh?

Mont. No tengas cuidado.

ESCENA III

DICHOS y GABRIELA, en traje de calle y con sombrero

Gab. (Entrando.) ¡Hola! ¿te has levantado ya? ¡Vamos, que hoy se te han pegado las sábanas!

Mont. (Saludándola.) ¿Cómo está usted, señora?

Gab. (Dándole la mano.) Muy bien, amigo Montricur. Ya sé, ya sé que anoche tuvieron uste-

des una operación dificilísima. (A Petipón) Por eso no he querido despertarte. Suponía que estarías rendido.

Petip. (Aparentando indiferencia.) ¡Pchs!... ¡Regular!

Gab. ¡Caramba! ¿De modo que lo de anoche les dió á ustedes que hacer?

Mont. ¡Ah, lo de anoche! ¡Lo de anoche fué terrible, señora!

Gab. (A Petipón.) Y tú debiste impresionarte mucho... Estás desencajado, pálido...

Petip. Quién, ¿yo?... ¿Yo pálido?

Mont. ¿No le digo á usted? Lo de anoche. Lo de anoche que aun le dura.

Gab. ¿Y qué podíamos darle, doctor?

Mont. ¡Oh! En general para esta clase de emociones yo suelo recetar el amoniaco.

Gab. (Asombrada.) ¡El amoniaco!

Petip. (Furioso y aparte.) Pero, ¿qué dice este bandido?

Mont. Sin embargo, Petipón no lo necesita... Con un *masagrán* bien cargadito de café, le basta.

Petip. (Con extrañeza.) ¡Un *masagrán!*

Gab. Sí... sí... Tiene razón Montricur. Yo misma voy á preparártelo. ¡Ah! ¡Cómo me iba yo á figurar que estabas malo cuando entré esta mañana en tu alcoba y te sentí dormir plácidamente .. ¡Ni siquiera notaste cuando te besé!

Petip. (Asombrado.) ¿Eh?

Mont. ¿Cómo?...

Petip. ¿Que tú me besaste? ¿Esta mañana?

Gab. Sí, yo. Como todos los días.

Petip. ¡A mí! ¿En la... alcoba?...

Gab. Claro. ¡Y cómo dormías!... Tan arropado que no salían fuera de las sábanas más que tus cabellos... Y me retiré de puntillas para no despertarte. (A Montricur.) ¡Porque tiene un sueño! ¡Ah!...

Petip. ¿Eh?...

Mont. ¡Oh!. .

Gab. En fin, voy á prepararte el *masagrán*. Ahora vuelvo. (Mutis segunda izquierda.)

ESCENA IV

PETIPÓN, MONTRICUR. Luego CAPRICHO, en un «deshabillc» atrevido y artístico

Petip. (Después de una pausa durante la que Montricur y él se miran fijamente.) Dice que me ha besado en... en la cama... ¡Y yo dormía debajo del sofá!

Mont. ¡Eso ha dicho!

Petip. Y ¿cómo te lo explicas?

Mont ¡No lo entiendo! (Pausa. Ambos se quedan pensativos dando frente al público. En la alcoba se oye un bostezo.) ¡Ah!. .

Petip. (Volviéndose hacia Montricur.) ¿Qué dices?

Mont. ¿Yo? Nada.

Petip. Sí, hombre... Acabas de hacer *¡Aah!*

Mont. ¿Yo? No. (Nueva pausa. Dentro se vuelve á oir nuevamente el bostezo.) ¡Aah! (Montricur se vuelve hacia Petipón.) ¿Decías?...

Petip. ¡Nada!

Mont. Pues, ¿no acabas de hacer *¡aah?...*

Petip. ¡Si eres tú!

Mont. ¡¡Yo!! (Oyese un tercer bostezo. Los dos se vuelven como autómatas, en dirección á la alcoba)

Petip. ¿Pero, quién bosteza?

Mont. ¡Si es en tu alcoba!

Petip. ¿En mi alcoba?... (Avanzan apresuradamente hasta el foro y tiran del cortinaje que se descorre. Sentada en la cama aparece la señorita Capricho que, al verlos, sonríe y saluda con coquetería.)

Cap Buenos días tengan ustedes.

Mont. (Retrocediendo asustado.) ¡Una mujer!

Petip. (Idem.) ¡¡Qué es esto!!...

Música

Cap. No hay por qué asustarse.

Petip. ¡Un caso así
yo nunca ví!

Mont. ¡Pero esta bella señorita,
cómo está aquí!
(A ella.)
¿Qué hacía usted ahí?

Petip ¿Por qué en mi casa está?
¡Acláremelo usted, por favor!...

Cap. (Riendo.)
¡Já, ja, ja, já!
¡Bien claro está!...

Petip. (Aturdido.)
¡No sé qué hacer!

Mont. ¡Verás como se entere tu mujer.

Cap. (Desde la puerta de la alcoba. Ha saltado de la cama.)
En pos de una aventura
me trajo mi locura.
Y al ver que era esta alcoba para mí,
¡dormi!

(Sale de la alcoba y avanza cantando con mucha coquetería.)

Yo soy una chica caprichosa
con un excelente corazón;
soy amable, dócil y graciosa.
y busco una buena proporción.
Bailarina del *Mulán* famoso,
madmoasél Capricho me llaman allí,
y bailando *la danza del oso*
laureles y aplausos y amor conseguí.
Hay que verme doblar la cintura
y, al aire las piernas, bailar el *cancán*.
¡Los que quieran pasar calentura
que vengan á verme de noche al *Mulán!*
Allí me verán
y me aplaudirán
y locos volverán.

(Con mucha alegría.)

¡Cuántos hombres me habrán dicho
que soy un capricho!
¡Un capricho y un juguete
que les compromete!
Si por broma me lo han dicho
no habrá tal capricho,
aunque al verme en el *cancán*
¡Eh!...

(Grito y destaque.)

Se encapricharán.

Petip.
Mont. ¡Cuántos hombres la habrán dicho
—¡usté es un capricho!
¡Un capricho y un juguete
que nos compromete!... etc.

(Bailan los tres un paso de cancán.)

Hablado

Mont. Conque la señorita Capricho, ¿eh? (Dando un golpe á Petipón en la barriga.) ¡Ah, tunante!

Petip. (Enfadado.) ¡Que no, hombre!... ¡Que te digo que no! (Muy serio.) ¡A ver, señora!

Cap. Señorita.

Petip. Bueno, señorita; es igual. A ver, ¿quiere usted explicarme cómo y por dónde ha entrado usted en mi alcoba?

Cap. ¡Ay, qué gracioso! (A Montricur.) ¡Oiga usted!... ¡Eh!... ¡Chist!... ¡Desconocido! (Montricur atiende.) Me pregunta cómo he venido aquí. (A Petipón.) Porque me ha traído usted.

Petip. (En el colmo del asombro.) ¿Yo?

Cap. ¡Claro! ¡Cuando concluí anoche de bailar en el *Moulin Rouge,* me fuí á *Maxím*... Usted estaba allí, me invitó, cenamos, bebimos, y después, como era tarde, me ofreció usted su casa. Acepté... usted se durmió en el sofá yo me acosté en su alcoba... y eso es todo. ¡Conste que soy una muchacha decente!

Petip. ¡Decentísima!

Mont. ¡Una bailarina del *Moulin Rouge!*...

Cap. (A Petipón.) ¡Ah! ¿Sabe usted? No debe usted beber. (A Montricur.) En *Maxím* se pegó con unos señores... Y luego en la calle le dió la borrachera por invitar á almorzar hoy en su casa á todos los cocheros que encontraba al paso.

Mont. (Reconviniéndole.) ¡Petipón!

Petip. ¡Qué vergüenza!

Mont. Pero, ¿no recuerdas?...

Petip. ¡Nada!

Cap. Eso sí, nos divertimos. Gritamos, cantamos, reimos, alborotamos como locos y nos pasamos la noche encaramándonos á los divanes y gritando como los golfillos: —¡Sube aquí y verás París! — (Para decirlo se da un azote, que debe sonar, y levanta al propio tiempo la pierna derecha haciéndola girar como en un paso de baile. Procúrese que todo ello resulte muy descarado pero gracioso.)

Mont. (Entusiasmado.) ¡Gracioso! ¡Graciosísimo!

Cap. ¡Ah! Tenía usted que haber visto al amigo

con la melena alborotada, los faldones de la levita recogidos, bailando el paso de la langosta y cantando desaforadamente.

(Canta.) En la Martiní...
Martiní...
Martiní...

Petip. / **Mont.** (Cantando también.)

No sabes tú,
lo que hay allí.

Cap. (Alborotando y aplaudiendo.) ¡Bravo! ¡Bravo! Todavía se acuerda. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!...

Petip. (Haciendo una transición rapidísima.) ¡Ea, basta! ¡Basta! ¡esto es ya demasiado! Señorita, yo soy un hombre serio... un hombre de orden... ¡No puede usted permanecer en mi casa!

Cap. (Con sentimiento y coquetería.) ¿Cómo? ¡me echa usted! ¡Qué lástima!

Mont. ¡También lo siento yo, no vaya usted á creerse!...

Cap. ¡Es una crueldad! Me empezaba á acostumbrar á esto. ¡Si viera usted qué diferencia de la casa de huéspedes donde yo vivo!

Petip. ¡Sí! ¡Sí! Pero repito que no puede ser. Conque haga usted el favor de vestirse y largo. (Óyese dentro la voz de Gabriela.)

Mont. ¡Tu mujer!

Petip. ¡Mi mujer!

Cap. (Indignada.) ¡Cómo! ¿Pero es usted casado?

Petip. ¡Señorita!...

Cap. ¡Ah, infame!... ¡canalla!... ¡corruptor!... ¡monstruo! ¿Casado y no me ha dicho usted nada? ¡Está bien! Aquí espero á su señora. (Sentándose muy decidida.) ¡Que pase!

Petip. (Apuradísimo.) Pero, ¿qué dice usted?...

Mont. (Idem.) ¡Se ha vuelto loca!...

Petip. ¡Que va usted á perderme!...

Cap. (De pronto.) Bien, me esconderé pero con una condición.

Los dos ¿Cuál?

Cap. Ya se la diré á ustedes luego.

Mont. (Empujándola.) Bien... ¡escóndase!... ¡pronto!...

Petip. ¡Y no salga usted por Dios! (Capricho entra en la alcoba. Montricur y Petipón corren de nuevo las colgaduras y procuran disimular.)

ESCENA V

PETIPÓN, MONTRICUR y GABRIELA

Gab. (Entrando.) ¡Aquí está el *masagrán!*... ¡Tómatelo!

Petip. ¿Cómo? ¡Ah, sí! ¡el *masagrán!*... ¡Es mi mujer! (Gritando para que Capricho le oiga.) ¡Es mi mujer que me trae un *masagrán!*

Gab. (Sorprendida.) ¿Qué dices, hombre? ¿Por qué gritas?

Petip. Si no grito. Si es que se lo digo á Montricur. Atiende. (Muy alto.) ¡Está aquí mi mujer y me trae un *masagrán!* (Con naturalidad, á ella.) ¿Ves? Para que se entere.

Gab. ¡Qué tontería! (Cogiendo el vestido de Capricho que está sobre una silla.) ¿Eh? ¿Qué es esto?

Petip. ¿Qué?

Gab. ¡Un vestido!

Mont. (Aterrado.) ¡El de la otra!

(Petipón, que está bebiendo el masagrán, sé atraganta ruidosamente. Montricur y Gabriela corren á auxiliarle. Gabriela lleva en la mano el vestido.)

Gab. ¿Qué tienes?

Mont. ¿Qué te ocurre?

Petip. (Haciendo visajes.) Nada. Ya pasó. (A gritos para que Capricho le oiga.) ¡Es el *masagrán*, que se me ha atravesado!...

Gab. Bueno, no estamos sordos. (Un poco amoscada.) Y ¿cuándo han traído esto, si se puede saber?

Petip. ¿Esto?... No sé... es decir, sí... Lo han traído anoche... Digo, no; lo han traído esta mañana.

Gab. ¿En qué quedamos?

Petip. En que no sé cuando lo han traído. (A Montricur.) ¡Ayúdame, hombre!

Mont. Sí... hace un par de horas... Una modista vino y lo dejó.

Petip. Pero debe ser un error.

Gab. No hay tal error; es para mí. La modista había quedado en enviármelo ayer.

Petip. ¿A ti?

Gab. ¡Claro!

Petip. Debe haberse equivocado tu modista. Ese traje es demasiado ligero.

Gab. Es la moda. Además, ya sabes que yo no elijo nunca. Le digo á mi modista: —*¡Hágame un traje!* - y ella me lo hace á su gusto y me lo envía. Voy á guardarle.

Petip. Pero...

Gab. Acaba con el *masagrán*... En seguida vuelvo. (Mutis. Petipón y Montricur quedan mirándose fijamente, como atontados.)

ESCENA VI

PETIPÓN y MONTRICUR. En seguida CAPRICHO

Petip. Y ¿qué hacemos? ¿Cómo se va esa chica?

Mont. ¡No sé! ¡Como no sea en aeroplano!

Cap. (Asomando la cabeza por entre las cortinas de la alcoba.) ¿Se puede salir ya?

Petip. ¡Ella!

Cap. (Saliendo y encarándose con Petipón.) ¡Conque casado!... ¡Casado!. ¡Sinvergüenza!

Petip. ¡Señorita!... ¡Lo que tiene usted que hacer es irse y pronto.

Cap. (Remedándole.) ¡Pronto! ¡Pronto! Me parece que anoche era usted un poco mas galante que ahora. (A Montricur.) ¡Eh, chist! ¡desconocido! Si le hubiera hecho caso, ¿eh? (Guiñándole un ojo picarescamente.) Gracias á que soy una muchacha decente.

Mont. ¡Decentísima!

Cap. Y si no hubiera sido por un oficial de dragones que me dió palabra de casamiento y desapareció de pronto de París...

Petip. ¡Bueno, bueno! Ya nos contará usted sus memorias otro día.

Mont. (Empujándola.) Ahora váyase, ¡váyase!

Cap. Sí, hombre, sí. Ya me voy. ¿Dónde está mi vestido?

Mont. (Buscándolo por la habitación.) ¿Su vestido?

Petip. ¡Cómo! ¿Qué vestido?

Cap. ¡Mi vestido!... Lo dejé aquí.

Petip. No, si no hace falta el vestido... Así va usted bien. (Empujándola.)

Cap. ¿Está usted loco? ¿Cómo voy á salir así á la calle?

Petip. Pero ¡desventurada!... ¿no ha visto usted que su vestido se lo ha llevado mi esposa hace un momento?

Cap. ¿Ah, sí? ¿De modo que el vestido de que hablaba su esposa es el mío? ¡Muy bonito! Y puede que crea usted que yo me he hecho un vestido para que su mujer lo luzca. Un modelo de quinientos francos. ¡Pues no, señor! Me indemnizará usted. (Se pasea muy agitada.)

Petip. (Aterrado.) ¿Yo?

Cap. Naturalmente. ¡Pues no faltaba más! (Oyese dentro la voz de Gabriela.)

Mont. ¡Tú mujer!

Petip. (Aterrado.) ¡Mi mujer!

Cap. Que venga. Así le pediré mi vestido. (Se sienta á la izquierda, junto á la mesa colocada frente al balcón.)

Petip. ¡Pero usted se ha propuesto perderme!

Cap. ¡Yo quiero mi vestido! ¡Y no me voy de aquí sin mi vestido!

Petip. ¡Señorita, por Dios!

Mont. Pero venga usted. Escóndase en seguida... ¡Ah, ya es tarde!... ¡Aquí! (Montricur da un puntapié al taburete en que está sentada Capricho y la obliga á ponerse de rodillas y con las manos apoyadas en el suelo, dando espaldas al público. En seguida tira del tapete que cubre la mesa, lo echa por encima de Capricho tapándola y, para disimular más aún, se sienta encima de ella como si estuviese en el taburete. Todo ha de ser rapidísimo.)

Petip. ¡Qué conflicto!

Cap. (A Petipón.) ¡Eh!... ¡que pesa usted mucho! (Por debajo del tapete saca una pierna intentando darle un puntapié. Montricur está á punto de caerse.)

ESCENA VII

DICHOS y GABRIELA por la izquierda

Gab. (Entrando.) ¡Petipón!...

Petip. ¿Eres tú, Gabriela? (Simulando un ataque de nervios.) ¡Ah! ¿Qué es esto? ¡Gabriela! ¡Gabriela!

Gab. ¿Qué te sucede?

Petip. ¡Sostenme!... ¡Que me caigo!... ¡Ah!... ¡Ah!.. (Cae en brazos de su mujer retorciéndose convulsivamente.)

Gab. (Asustada.) ¡Jesús, un ataque!... ¡Eh!... ¡Doctor!...

Petip. ¡No! ¡No llames al doctor!... ¡Sostenme tú!.. ¡Tú sola! .. (Abrazado á su mujer se estremece con grandes convulsiones.)

Gab. ¡Es que no puedo!... (A Montricur.) Acérqueme usted el sillón. (Muy apurada. Montricur, sin que ella le vea, hace esfuerzos por contener la risa.)

Petip. ¡No! . ¡No quiero el sillón! .. ¡Vuélveme hacia el norte! (Para que su mujer no vea á Capricho, naturalmente.)

Gab. ¿Cómo hacia el norte? (Sin comprender.)

Petip. ¡Hacia el norte! .. ¡Es más sano!...

Gab. Pero si no puedo contigo... ¡Montricur, venga usted!

Petip. (Gritando.) ¡No!... ¡Que no venga!

Mont. Ya lo oye usted, señora. No quiere. (Coge á Capricho bajo el brazo y la lleva á la alcoba, cubierta aún con el tapete y sin ser visto por Gabriela que se hallará de espaldas sosteniendo á su marido.)

Gab. Pero ven.. ¡Siéntate en el sofá!. . ¡Tranquilízate!

Petip. No, no Ya se va pasando. (Calmándose cuando ha visto desaparecer á la otra.)

Mont. (Volviendo á escena.) ¿A ver? (Pulsándole.) No es nada. ¡Ya se fué la crisis!

Petip. (Con intención.) ¿Se fué?

Mont. Sí... Ya se fué

Petip. (Separándose de su mujer.) ¡Es verdad!... Ya se fué. Estas crisis es lo que tienen... Se presentan... y luego se van.

Gab. ¡Oh! Mucho me temo que todo esto sea un castigo del cielo.

Petip. ¿Eh?

Gab. Sí; tu escepticismo es la causa y el cielo te castiga por hereje. (A Montricur.) Figúrese usted que no quiere creer que en Versalles se le ha aparecido á una pastora el espíritu de un monje.

Mont. La verdad... Es un poco difícil.

Gab. ¡Ah, pues no lo dude usted! Yo misma, en momentos de éxtasis, he tenido muchas apariciones de esas.

Petip. Bueno, mira, déjanos ahora...

Gab. (Sin atenderle.) Y raro es el día que no se me aparece una figura de ángel y me habla. Yo le oigo como en sueños, decirme:—«Gabriela, ¡el cielo te protege! ¡Tú serás la elegida de la Providencia para cumplir una sagrada misión sobre la tierra!» Y yo espero.

Petip. Puedes esperar sentada.

Gab. ¡Ah! ¡Si tú oyeras al ángel como yo! Si le hubieras escuchado decir: ¡Gabriela!... (Con voz quejumbrosa.)

Petip. (Imitándola y burlándose.) ¡Ah, sí! ¡Gabriela!...

Cap. (Dentro.) ¡Gabriela!... ¡Gabriela!...

Gab. (Como én éxtasis.) ¡Dios mío! ¡El!...

Petip. (Aparte.) ¡Atiza la otra!

Mont. (Aparte.) ¡La otra! (Pausa.)

Cap. (Dentro y en el mismo tono de voz que anteriormente.) ¡Gabriela!...

Gab. (Transfigurada y radiante.) ¡Sí! ¡Es el ángel! ¡El ángel que me llama! (Como dirigiéndose al ángel.) ¡Aguarda! ¡Voy! (Se dirige á la alcoba.)

Petip. (Sujetándola aterrado.) ¡No! ¡A la alcoba no!

Mont. (Lo mismo.) ¡¡Quieta!!

Música

(Se descorren las cortinas de la alcoba y, sobre la cama y en pie, aparece Capricho envuelta en una sábana. A manera de nimbo se ha colocado en la cabeza la pantalla del aparato eléctrico que habrá sobre la mesa de noche. Un rayo de luz blanca, que viene de lo alto de la alcoba, iluminará toda la figura dándole el aspecto de una aparición fantástica. Procúrese que todo ello resulte gracioso y artístico y, para que la aparición destaque más, será conveniente ir rebajando poco á poco la luz de la batería durante las dos escenas anteriores. Terminado el número y corridas las cortinas de la alcoba, vuelve á darse toda la luz.)

Cap. (Muy seria y con voz profética.)
¡Gabriela!... ¡Gabriela!..

Petip. (Aparte á Montricur.)
¿Qué hace esta mujer?

Gab. (Cayendo de rodillas.)
¡Dios mío!

Mont. (Aparte á Petipón)
No sé.

Gab. (Aparte.)
¡Ay, Dios, yo tiemblo
cada vez más!

Mont. (Aparte.)
¡No adivino qué hará!

—

Cap. (Como antes.)
¡Gabriela!...
¡Gabriela!...

Gab. ¡Es al arcángel que me habla!...
¡El cielo le envió!

Mont. (A Petipón.)
Ahora lo entiendo ya.

Petip. (A Montricur.)
También lo entiendo yo.

Mont. ¡La quiere hablar!

Petip. ¡La va á asustar!

—

Gab. ¡No sé qué siento en mí!

Petip. (A Montricur.)
La sugestionó!

Mont. (A Petipón.)
¡Claro que sí!

Gab. (Levantándose con intención de irse á la alcoba.)
¡Hasta sus piés
me arrastraré
para que me hable!

Cap. ¡Atrás!
¡Detente ahí!
¡No has de aproximarte!
Debes oir
la santa palabra
que el cielo me encarga
transmita á tu oído
para que la cumplas
sin ninguna
vacilación.
(Exageradamente.)
¡Mas no te acerques!

Gab. (Aterrada y cayendo nuevamente de rodillas en el primer término de la derecha.)
¡Jesús!

Cap. (Aparte.)
Me obedeció.
Petip. (A Montricur.)
¡La piensa echar!
Gab. (Temblorosa.)
¡Mandame!
¡Te obedeceré!
Cap. (Aparte.)
¡El susto va á ser atroz!
(A Gabriela.)
¡Oye mi voz!
Gab. (Humildemente.)
¡Oigo tu voz!

—

Cap. Un ángel soy que por ti vela.
¡Gabriela!
¡Gabriela!
Y que partir te ordena al instante
por las calles
adelante,
hasta el final
del bulevar.
Petip. (Aparte.)
¡La quiere echar!
Mont. (Idem.)
¡La piensa echar!
Cap. (A Gabriela.)
Allí te detendrás
y un hombre misterioso que te espera
se te acercará.
Gab. ¡Hasta mí se acercará!
Cap. De sus labios oirás
cómo un hijo tendrás.
Gab. (Levantándose y acercándose á la batería.)
Santo Dios, ¡oh, qué placer!
¡Madre al fin me voy á ver!
Mont.
Petip. } ¡Madre al fin vas á ser!

—

Cap. Y ese niño, por su arrogancia,
será el hombre que salve á Francia.
¡Conque marcha ya!
¡Vé de tu hijo en pos!
¡¡Hazlo por la Patria, por el Rey
y por voluntad de Dios!!

Todos ¡Sacrifícate
por la voluntad
de Dios!

Cap. ¡Vete ya, Gabriela!
¡Vete de aquí!
¡El cielo lo quiere así!
¡Yo ya cumplí
la divina y grata misión!
(Desaparece Capricho. Las cortinas se cierran.)

Gab. Ya voy allá.

Petip. (Empujándole.)
¡Vete!
¡Al bulevar!

Gab.
Petip.
Mont. } (Avanzando hasta la batería.)

Y ese niño, por su arrogancia,
será el hombre que salve á Francia.
¡Conque marcha ya!
¡Vé de tu hijo en pos!
¡¡Hazlo por la Patria, por el Rey
y por voluntad de Dios!!

(Con los últimos compases hace mutis por la segunda de la derecha Gabriela. Va radiante, transfigurada. Petipón y Montricur quedan en escena riendo exagera damente).

ESCENA VIII

PETIPÓN, MONTRICUR y CAPRICHO

Hablado

Petip. Y se va. ¡Admirable!

Mont. ¡Magnífico!

Cap. (Saliendo de la alcoba.) ¿Qué tal?

Petip. (Entusiasmado.) ¡De primera!

Mont. Pero ¿cómo se le ha ocurrido á usted eso?

Cap. Había que inventar algo para echarla. Y como una tiene cierta costumbre de hacer comedias, me envolví en la sábana, encendí la luz por debajo y me coloqué una pantalla en la cabeza.

Petip. ¡Dios mío' ¡Me ha destrozado usted el aparato eléctrico de la alcoba!

Mont. ¿Y qué? ¡En cambio estaba hecha una verdadera visión!

Cap. Gracias. Pero no perdamos el tiempo. Es necesario que me vista y me vaya.

Petip. Sí... Pero ¿cómo?

Mont. Muy sencillo. Dale un traje de tu mujer.

Petip. Imposible. No encontraré nada para ella. Mi mujer tiene la manía de encerrarlo todo.

Cap. Entonces...

Petip. ¡Ah!... Una idea. (A Montricur.) Véte al primer almacén que encuentres y compras un abrigo. No repares en el precio. Ahí tienes veinte francos. (Se los da.)

Cap. (Indignada.) ¡Habrá miserable!

Petip. (Empujando á Montricur.) Pero corre... Vuela.

Mont. Voy, voy... En seguida vuelvo. (Mutis por la segunda derecha.)

Petip. Y entre tanto veré si encuentro alguna prenda para que se cubra usted un poco. Es indecente andar así por la habitación. (Mutis izquierda.)

Cap. ¿Indecente? ¡Qué barbaridad! Usted tiene la culpa. No haberme quitado mi vestido. ¡Bueno!

Alb. (Dentro, por segunda derecha.) Pase aquí al despacho y espere.

Gen. Bien, bien. Dígale que está aquí su tío el general.

Cap. ¡Eh! Viene gente A la alcoba, Capricho. Me voy á pasar el día metida en la cama. (Vase corriendo y se esconde en la alcoba.)

Gen. (Entrando.) El general Petipón ¿eh? que no se le olvide.

Alb. (Que ha entrado detrás.) Descuide usted, mi general. (Vase.)

Música

Gen.
Aquí en París todo está igual,
la moda no varía.
¡Las gentes *chic,* en general,
se acuestan con el día!
Suelen dormir mientras hay sol
y se levantan á comer
cuando no queda ni un farol
del bulevar por encender.

Luego están enfermos por dentro y por fuera,
toman las aguas de Spá ó de Vichy,
y los hay que vuelven con una gotera
que es de las aguas que dan allí.
En cambio en Africa
que es tierra pródiga
nos levantamos al salir el sol,
comemos cuádruple,
bebemos quíntuple
y no hay enfermos
más que de aprensión.
Ver un litiásico
ó algún artrítico,
es más difícil
que tener un *yoth.*
Allí la gente
más elegante,
al natural
suele vestir.
Y las señoras
van tentadoras
sin más adornos
que un *esprit.*

ESCENA IX

El GENERAL y CAPRICHO

Hablado

Gen. Pero ¿no viene ese matasanos? ¿A que está durmiendo? (Va al foro y descorre las cortinas. Capricho estará metida en la cama, boca abajo y muy arropada.) ¿No lo dije? Pues ahoras verás. (Se acerca.) ¡Eh! ¡Holgazán! (Dando un azote á Capricho, que pega un salto en la cama y se vuelve quedando sentada en posición muy cómica.)

Cap. ¡Caballero!

Gen. (Asombradísimo.) ¿Cómo? ¡Una mujer! (Cayendo en la cuenta de pronto.) ¡Ah, vamos!... ¡Mi sobrina!

Cap. (Aparte.) ¡Su sobrina! ¿Qué dice este ganso?

Gen. ¡No! ¡No te de vergüenza de mí! ¡Yo soy tu tío! ¡Tu tío el general!

Cap. ¡Mi tío!

Gen. Naturalmente. (Sentándose al borde de la cama y con familiaridad.) Conque ¿qué hay sobrina?

Cap. (Aparte.) Viva la franqueza. Pues nada, tío. Ya lo ve usted.

(Están sentados en la cama uno junto al otro. Capricho trata de cubrirse con un almohadón... descubriéndose por abajo, naturalmente.)

Gen. (Riendo.) ¡Bravo! Así me gusta. (Dándola una palmada en el hombro.) Pero ¿y tu marido? ¿qué hace que no sale? Supongo que no me seguirá guardando rencor por no haber asistido á vuestra boda. El pícaro servicio me retiene en Africa, y no era cosa de abandonarlo. Por supuesto, el regalo si lo recibiríais.

Cap. (Aparte.) Anda, cree que soy la mujer del juerguista.

Gen. Ya veo que mi sobrino ha sabido elegir. ¡Ah, tunante! Bueno, pues me decían que se había casado con una cotorra. ¿Qué te parece? Ya quisiera yo tener en Africa muchas cotorras como tú.

Cap. Gracias, general. (Aparte.) ¡Qué galante!

Gen. Por cierto que ya ves, yo que no pude venir á vuestra boda he tenido que emprender ahora el viaje para casar á Clementina... Ya sabes, Clementina... La hija del pobre Sebastián.

Cap. La hija de... ¡Ah, sí, Clementina! La hija de Sebastián. ¡Sí, sí!

Gen. Bueno; pues ahí tienes tú... ¡Clementina se nos casa!

Cap. (Sin saber qué decir.) ¡Caramba! ¿Conque se nos casa Clementina? (Aparte.) ¿Quién será Clementina?

Gen. Como lo oyes. Figúrate; una chica inocente, sin experiencia... Total, que como yo la adopté cuando ocurrió lo de su padre, no he tenido más remedio que venir con licencia y me he instalado en mi castillo de Turena... Pero como Clementina es huérfana, yo necesito una persona de la familia que haga las veces de madre... y he pensado en ti.

(Se levanta y pasea por el gabinete con toda confianza.)

Cap. ¡En mí!

Gen. Eres la más indicada. Tu sabrás aconsejarla bien. Inculcarle tus sentimientos de vir-

tud, de moralidad, de orden... Conque te imite en todo ya tiene bastante.

Cap. Y le sobra. (Riendo á carcajadas.) ¡Ja, ja, ja!

Gen. Por supuesto, es necesario disponer el viaje inmediatamente... La boda se celebra mañana.

Cap. ¿Mañana?

Gen. Sí, mañana. Parece ser que el novio, que es el teniente Coriñón...

Cap. (Dando un salto en la cama.) ¡Coriñón!... ¿Del regimiento de dragones?...

Gen. Justo. ¿Le conoces?

Cap. ¿Que si le conozco? Ya lo creo.

Gen. ¡Es curioso! ¿Y le ves á menudo?

Cap. No. Desde que le dejé.

Gen. ¿Cómo?...

Cap. Desde que le dejé de ver... no he vuelto á verle.

Gen. Conque quedamos en que aceptas ¿no?

Cap. (Riendo,) ¡Ja, ja, ja!

Gen. ¿Qué te pasa?

Cap. Nada. (Aparte.) ¡Va á tener que ver, la bailarina Capricho, del *Moulin Rouge,* haciendo de madre en la boda de su exnovio el teniente Coriñón! (Alto.) Pues bien... ¡acepto, general!

Gen. ¡Ah, ya lo sabía yo! (Con entusiasmo.) Querida sobrina, venga un abrazo.

Cap. Con mil amores. (Se abrazan.) ¡Oh, qué bueno es esto de abrazarse con uno de la familia!

ESCENA X

DICHOS y PETIPÓN

Petip. (Entrando.) No encuentro nada que la sirva... (Viendo á Capricho y al General abrazados, da media vuelta.) ¡Zambomba!

Gen. ¿Quién? ¡ah! ¿Eres tú? ¡Mi sobrino! (Corre hacia él con los brazos abiertos.)

Petip. (Aterrado.) ¡Mi tío! (Se deja abrazar como un autómata. Capricho ha vuelto á esconderse entre las ropas de la cama.)

Gen. (Después de abrazarle.) ¡Bribón! ¡Ya era hora de que nos viéramos ¿eh?

Petip. ¡Ya, ya!

Gen. Y no has cambiado... Eres el mismo. Bien, hombre, bien... Pues aquí me tienes que acabo de llegar de Africa con tu prima Clementina.

Petip. (Aturdido, sin saber lo que dice.) ¿Con Clementina?... ¡Ah, sí! ¡Clementina! ¡Qué sorpresa!

Gen. Pero nos vamos esta tarde á Turena, y en cuanto la deje casada... ¡zás! A Africa... Por supuesto, podré contar contigo ¿eh?

Petip. Ya lo creo.

Gen. Muy bien. Entonces ya lo sabes. Esta tarde á Turena con nosotros.

(Capricho, de rodillas en la cama, se entretiene haciéndole guiños y señas á espaldas del General.)

Petip. ¡Magnífico!

Gen. Y tu mujer también.

Petip. ¡Ah, se alegrará mucho!

Gen. Ya me ha dicho que sí.

Petip. (Sorprendido.) ¿Que te ha dicho?... ¿Quién?

Gen. Tu mujer.

Cap. (Dando un puñetazo en la almohada y escondiéndose debajo de las sábanas.) ¡Pataplún!

Petip. (Viendo á Capricho y comprendiendo.) ¡Ah!... ¡Mi mujer!... ¡No, no!.. ¡Eso no!

Gen. ¿Cómo que no?

Petip. ¡Mi mujer no! ¡Mi mujer no debe ir! (Indignado.)

Gen. ¿Quieres callarte? Pues si es lo que más me interesa precisamente. (A Capricho.) ¿Verdad, sobrina?

Cap. Lo que diga mi marido. (Con humildad.)

Gen. ¿Ves? Se conforma con lo que tú decidas. ¡Mira si es dócil!

Petip. (Aparte.) ¡Dios mío! ¡Para cuando son las muertes repentinas!

ESCENA XI

DICHOS y ALBERTO, por la derecha, con una caja de vestidos de señora.

Alb. ¡Señor!

Petip. ¿Qué hay?

Alb. La costurera trae esta caja con un vestido para la señora.

Petip. Bueno, déjalo y vete. ¡Pronto!

Alb. Está bien. (Aparte.) ¡Vaya un genio! (Mutis derecha)

Gen. ¡Eh! ¿Qué pasa?

Petip. Un vestido para mi mujer.

Cap. (Desde la alcoba.) ¡Hombre! Ya llegó mi vestido. ¡Venga, venga!

Gen. En seguida. (Dándole la caja.) Toma.

Cap. Gracias, tío... ¡Voy á probármelo! (A Petipón.) ¡Tú! (Petipón no responde.) ¡¡Tú!!

Gen. ¡Tú! Que te llama tu mujer.

Petip. ¡Mi mujer! (Vase rápidamente con ánimo de salir por la segunda izquierda, pero, de pronto, cae en la cuenta y vuelve hacia la alcoba exclamando:) ¡Ah, que eres tú!... ¡Es verdad!

Cap. Echa las colgaduras.

Petip. Voy. (Cierra las cortinas. Aparte.) ¡No me queda más salida que el suicidio!

ESCENA XII

El GENERAL, PETIPÓN y MONTRICUR

Mont. Esto es todo lo que he podido encontrar. (Entra cargado con paquetes de ropa y al ver al General se detiene sorprendido.) ¡Ah!

Petip. (Aparte.) (¡Este ahora!)

Gen. ¡Caballero!

Petip. Querido tío... Te presento á mi amigo el doctor Montricur... (A Montricur.) El general Petipón...

Mont. Tanto gusto. (Como no puede darle la mano le ofrece uno de los paquetes.)

Gen. El gusto es mío.

Mont. Gracias. ¿Va usted á permanecer mucho tiempo en París?

Gen. No; esta tarde saldré para Turena á casar á una sobrina. (A Petipón.) Por cierto que aún no te he dicho con quién se casa.

Petip. No.

Gen. Con el teniente Coriñón.

Petip. (Sin conocerle.) ¡Coriñón!

Gen. Sí, hombre... ¡Coriñón!... Tú le conoces.

Petip. No; yo no.

Gen. Te digo que sí... Me ha dicho tu mujer que es amigo vuestro.

Petip. ¡Ah! Te ha dicho mi mujer...
Gen. ¡Claro!
Petip. ¡Ah! Eso es otra cosa... ¡Entonces sí!
Mont. Tu... tu mujer. ¿Pero está aquí? (Sorprendido.)
Petip. (Haciéndole señas.) Ahí dentro.
Gen. Se está levantando.
Mont. ¿Eh?...
Petip. Sí, hombre.
Mont. (Aparte.) ¿Pero qué quiere decir esto?
Petip. (Aparte a Montricur.) No me pierdas. Es que ha tomado á la bailarina por mi mujer.
Mont. ¡Horror! (Se lleva las manos á la cabeza y se le caen los paquetes.)
Gab. (Dentro.) Sí. Que me preparen una taza de té y que la lleven á mi habitación.
Petip. (Aterrado.) ¡Gabriela! ¡Ahora es la catástrofe!

ESCENA XIII

DICHOS y GABRIELA

Gab. (Entra jadeante, como atontada.) ¡Ah! Ya estoy aquí. Cumplí mi misión. ¡Ah!... (Viendo al General.) ¡Caballero!
Petip. (Presentándole.) El general Petipón..
Gab. ¡El general! Cuánto celebro conocerle.
Gen. Mil gracias. (Aparte.) ¿Quién será esta cotorra?
Gab. Perdone usted, general. Estoy medio muerta. Vengo de recorrer los bulevares. He llegado hasta la plaza de la Concordia. (Transfigurada.) ¡Ah, era verdad! ¡Él me ha dirigido la palabra!
Petip., **Mont.** ¡Ah!
Gen. (Muy extrañado.) ¿Quién?
Gab. ¿Cómo que quién? El hombre elegido por el cielo.
Gen. (Aparte.) ¿Pero qué habla esta mujer?
Gab. ¡Ah! Cómo elige el cielo entre los humildes. Figúrense ustedes que ya llevaba media hora dando vueltas á la plaza de la Concordia cuando, de pronto, veo llegar por los Campos Elíseos, rodeado de un escuadrón

de la Guardia republicana, al presidente de la República. Palpitante de emoción pensé: ¡Dios mío! ¡Este es el elegido!... ¡Me va á hablar y de su palabra nacerá milagrosamente el hombre que salvará la nación!

Gen. (Aparte.) ¡Toma! ¡Si es una loca!

Gab. Me iba á acercar cuando, de pronto, me sujetan unos brazos y me apartan violentamente diciéndome: *¡Circule usted, señora!* ¡Oh! Me había hablado un hombre, pero no era, no, el presidente de la República... ¡El elegido de Dios, era un guardia municipal!

Mont. ¡Cómo ha de ser!

Petip. ¡Claro!

Gen. (Aparte.) Por lo visto, mi sobrino se dedica á las enfermedades cerebrales.

Gab. ¡Ah! Pero estoy sin fuerzas, aniquilada.

Mont. Pues conviene reposar un poco.

Gab. Eso voy á hacer. ¡General!...

Gen. ¡Señora!...

Gab. Puesto que ahora está usted en París supongo que nos veremos con frecuencia.

Gen. (Encogiéndose de hombros.) Bueno.

Gab. Adiós. Ahí se queda usted con mi marido. (Vase izquierda.)

Mont.
Petip. } (Aterrados.) ¿Eh?

Gen. ¿Su marido?...

Petip. (Aparte.) ¡Dios mío, con lo bien que iba saliendo todo!...

ESCENA XIV

DICHOS menos GABRIELA

Gen. (Fijándose de pronto en Montricur.) ¡Ah! Su marido es este! (Acercándose á él y en alta voz.) Perdone usted, doctor; no me había fijado en que esa señora es su esposa

Mont. (Estupefacto.) ¡Mi espo...! (Aparte.) ¡Otro lío!

Gen. Tiene la culpa mi sobrino que no me dijo su nombre al presentarme.

Mont. No... no señor.

Petip. Sí, sí... Es verdad... fué culpa mía... Se me

olvidó decirte que era la señora Montricur. Ya está... ¡Eso es! (Aparte.) ¡Calla, por Dios!

Mont. (Indignado.) Pero ¡cómo me voy á callar! hombre!

ESCENA XV

DICHOS y CAPRICHO

Cap. (Aparece vestida con un traje que le arrastra y le está ancho por todas partes.) ¡Ea! Ya estoy lista.

Gen. Aquí está mi sobrina.

Cap. (Recogiéndose las faldas y repitiendo el azote y el movimiento de la pierna como antes.) ¡Sube aquí y verás París!

Gen. (Entusiasmado.) ¡Qué gracia tiene! (Imitándola.) Sube aquí y verás París. ¡Ja, ja, ja! Decididamente esta sobrina me encanta. ¡Es un granujilla!

Petip. ¡Sí! (Aparte.) ¡Un golfo!

Gen. Pero me estoy entreteniendo y tengo que hacer. A las cuatro en punto vendré á recogeros en mi auto.

Petip. No, no te molestes.

Cap. ¡Sí, sí!

Gen. (A Montricur.) Doctor, á sus órdenes. Mis saludos á su señora. Hasta en seguida vosotros, ¿eh?

Cap. ¡Sí, sí!

Petip. ¡No, no!

Cap. (Abrazándole exageradamente.) ¡Adiós, tío!

Gen, Adiós, sobrina. (Mutis segunda derecha.)

ESCENA XVI

DICHOS menos el GENERAL

Mont. Pero ¿vas á ir? (A Petipón.)

Petip. ¡Claro!

Mont. ¿Y esta señorita contigo?

Cap. Naturalmente.

Petip. ¿Qué voy á hacer? ¿Cómo descubro la verdad?

Mont. ¡Pues estás fresco!

Cap. Oiga usted, no sé por qué. Yo soy una muchacha decente y puedo ir á todas partes.

Petip. ¡Eso sí! No hay más que verla á usted presentarse en sociedad saltando por las sillas y gritando: *¡Sube aquí y verás París!*

Cap. (Abrazándole con coquetería.) Pero ahora, que soy tu esposa, no lo haré.

Petip. Sí, sí. En menudo lío me ha metido usted. En fin, terminemos. Dentro de una hora espera usted abajo en el portal. Ven, Montricur. Voy á decir á mi mujer, á mi verdadera mujer, que me prepare la maleta.

Mont. ¡Vamos allá! (Mutis segunda izquierda.)

Cap. Si no se emborracharan estos hombres cuando van de juerga no se meterían en enredos. ¿Quién le manda á un médico irse á *Maxím* á hacer el cadete? ¡Ah! Pero vaya si va á ser sorpresa la que le voy á dar á Coriñón presentándome en su boda.

Alb. (Dentro.) ¿A quién anuncio?

Cor. Al teniente Coriñón.

Cap. ¡Eh! Coriñón. (Viéndole llegar y colocándose delante del espejo.)

ESCENA XVII

CAPRICHO y CORIÑÓN

Cor. (Viéndola y retrocediendo sorprendido.) ¡Capricho!... ¡¡Tú!!

Cap. ¡Ya era hora de que se te viese el pelo! ¡Te fuiste sin decir adiós!... ¡Y sin pagar la casa!

Cor. ¡Perdóname! No podía vivir de deudas. Pedí el traslado á las colonias y me marché á Africa.

Cap. ¡Pobre Coriñón!

Cor. ¡Pobre Capricho! (Se abrazan con ternura.)

Música

Cor.
¡Mírame!
Ven á mí,
bello bebé,
bello bebé
que fuiste mi ilusión.

Si aún en ti
palpita el corazón,
vuelve á abrazar
á tu amante de ayer,
que no puede olvidar
tu pasión de mujer.

Cap. ¡Ese amor no ha de volver!..,

—

¡Mírame!
¡Fíjate!
Soy tu bebé,
soy tu bebé
que tanto te adoró.
Si por mí
tu afecto renació,
puedes jurar
que no pienso volver
ni á dejarme engañar,
ni á sufrir ni á querer.

Cor. Ni á sufrir
ni á padecer.

—

Cap. Yo viví
para ti
prisionera de amores
y en tus palabras amantes creí.
Y venturosa
reía dichosa.

Cor. No lo recuerdes.
¡De sobra lo ví!

Cap. Pero á ti
te cansó
nuestro nido de amores
y una mañana tu ausencia noté.
Me abandonaste.
De mí te alejaste.

Cor. No me lo digas.
¡De sobra lo sé!

Cap. ¡Recuerdo abrumador!...

Cor. ¡Misterios del amor!...

—

¡Extraña sensación de un día
en que el amor
sus blancas alas batió!...

¡Canción de alegría!...
¡Gloriosa armonía
que eterna creía
mi corazón!...

Los dos Y vimos que un día
desaparecía
envuelta en las nieblas
de la ilusión.

Hablado

Cap. (Apartándose de Coriñón.) No, no, no puede ser. Fué un sueño que pasó. Te vas á casar.

Cor. Sin embargo... ¡Si tú quisieras!...

Cap. No. no. Me voy. Adiós.

Cor. ¡Ah! No te dejaré. Venía á hacer una visita al doctor Petipón, que es mi futuro pariente; pero volveré luego.

Cep. Es inútil. Entre nosotros todo ha terminado.

Cor. ¡Eso lo veremos!

Cap. ¡Por visto! Adiós.

Cor. Aguarda. Voy contigo.

Cap. Bueno. (Aparte.) Le daré esquinazo. (Mutis por la segunda de la derecha seguida de Coriñón.)

ESCENA XVIII

PETIPÓN, MONTRICUR. En seguida ALBERTO y DOS MOZOS, que traen un sillón

Petip. (Asomándose por la izquierda.) ¡Se fué!

Mont. (Idem.) Ya puedes respirar. (Salen.)

Petip. Con tal de que allá abajo no meta la pata.

Alb. (Por la derecha.) ¡Señor! Unos mozos traen un sillón.

Petip. ¡Ah, sí! Que lo pasen. (Vase Alberto.) Ahora verás.

Mont. ¿Qué?

Petip. La última palabra de la ciencia. Un invento maravilloso.

Mozo 1.º Buenas tardes. (Entran dos mozos con un sillón, que colocan frente al público y á la derecha de la escena.)

Petip. Con cuidado, con mucho cuidado; aquí, eso es... Alberto, dales una propina.

Mozo 1.º Muchas gracias, señor.

Petip. Vayan con Dios. (Mutis de los mozos y Alberto.)

ESCENA XIX

PETIPÓN y MONTRICUR

Petip. ¡Aquí lo tienes! El sillón extático; se acabó el cloroformo. Basta con sentar aquí al paciente, se oprime este botón, pónese en contacto con el motor eléctrico, y el enfermo queda insensible, inmóvil, hipnotizado.

Mont. (Asombradísimo.) ¡Es maravilloso!

Petip. ¡Un prodigioso invento! Luego, se oprime este otro botón y el paciente despierta... Ven, siéntate... Verás...

Mont. No. ¡Yo, no! ¡Yo, no!... (Retrocediendo con recelo.)

Petip. Te aseguro que no te pasa nada.

Mont. ¿Tú crees?... (Indeciso.)

Petip. ¡Pero hombre, si esto lo manejan ya en Alemania los estudiantes de primer año. Siéntate.

Mont. Es que... (Se sienta.)

Petip. Verás. (Oprime el botón. La lámpara eléctrica comienza á parpadear. Montricur queda como hipnotizado en la postura en que le sorprendió el contacto, con una cara sonriente y estúpida.)

Música

Es un invento preciosísimo,
es un sillón volante,
maravilloso y utilísimo,
sencillo y elegante.
Coloca usté al enfermo en el sillón,
que ya estará dispuesto,
y en cuanto se le aprieta este botón
dormido como un cesto.
Y algunas damas hay de buena fe,
creyentes y sencillas,
que solo despiertan cuando usté
las busca las cosquillas.
¡Este sillón es campo de experiencia!
¡No hay invención más útil á la ciencia!

Hablado

Petip. ¡Colosal! Voy á llamar á Gabriela para que lo vea. ¡Gabriela!... ¡Gabriela!... (Acercándose á la puerta de la izquierda.)

ESCENA XX

DICHOS y GABRIELA

Gab. ¿Qué es eso? ¿Qué quieres?

Petip. (Enseñándole á Montricur.) ¡Mira!

Gab. ¡Ah! ¿Qué le pasa?

Petip. Es el sillón de que te hablé. (Gabriela se acerca á Montricur y va á tocarle.) No; no le toques. Si le tocas quedarás hipnotizada. Cuantas personas se acerquen y toquen, se hipnotizarán. Pero luego se quita la corriente y queda un sillón como los otros, que puede utilizarse. Mira. (Oprime el botón. Montricur despierta cantando. La lámpara del sillón deja de lucir.)

Gab. ¡Pero si es milagroso!

Petip. ¡Eh! ¡Montricur!...

Mont. (Serenándose.) ¡Ah! Es verdad. ¿Qué me ha pasado? (Se frota los ojos como si saliese de un sueño profundo.)

Petip. ¿Has visto los efectos?

Mont. ¿Cómo?... Ah, sí, el sillón. . ¡Chico, admirable... Hoy mismo encargo uno para mi clínica.

Petip. ¿No te lo decía yo? Pero á todo esto... ¿Has preparado la maleta?

Gab. Aquí está. (Se acerca á la puerta y saca una maleta, un gabán y un impermeable.)

Petip. Muy bien.

Gab. ¡Ah! Tengo que decirte una cosa.

Petip. ¡Las cuatro! Ya me la dirás. Ahora no tengo tiempo. (Poniéndose el impermeable y la gorra de viaje.)

Gab. Es cuestión de un minuto. Se trata de una carta del general, que no entiendo. (Se sienta en el sillón y se cala los impertinentes para leer.)

Mont. (Que estará en la puerta de la derecha, avanza precipitadamente hasta Petipón.) ¡Ahí están!...

Petip. ¿Quienes?

Mont. El general y la bailarina. Ya suben.

Petip. ¡Dios mío!

Gab. (Disponiéndose á leer la carta.) Escucha... Me parece que es una invitación...

Petip. (¡Dios mío!... ¡Si suben estoy perdido!...)

Gab. Verás; dice así...

Gen. (Dentro.) ¿Dónde está ese tunante?

Petip. ¡Ah! (Da un golpe en el botón y Gabriela queda hipnotizada con los impertinentes en una mano y la carta en la otra. Música en la orquesta. La lámpara del sillón, encendida, parpadea.)

Mont. ¿Qué haces?

Petip. ¡Dormirla! ¡No hay otro remedio!

ESCENA XXI

DICHOS, CAPRICHO y el GENERAL

Gen. Pero, ¿qué? ¿no nos vamos? (Reparando en Gabriela.) ¡Calle!... ¿Qué es eso?

Petip. ¡Silencio! (A media voz) Es un caso agudo de neurastenia que estamos sometiendo á un tratamiento nuevo. (A Montricur.) Tú te encargas de despertarla dentro de un par de horas, ¿eh?

Mont. Pero...

Petip. ¡Ni una palabra más! ¡Hasta la vuelta!

Música

Petip. (Abrazando á Montricur.)
Adiós, compañero.
¡Ya sabes tú que te quiero!

Cap. }
Gen. } (A Petipón.)
Ya sabes que ahí fuera
el automóvil espera.

Petip. Puesto que espera
vamos allá.

Cap. Coge esos líos,
vámonos ya.

Petip. }
Gen. } ¡Vámonos!

Los tres ¡Vamos allá!

—

Cap. (Avanzando hasta la bateria.)
Como á mí siempre me han dicho
que soy un capricho,
por capricho me acomoda
marcharme de boda.

Todos Si es verdad eso que ha dicho
me place el capricho.
Aunque algunos que allí están
se encapricharán.

(Mutis de Capricho, Petipón y el General, uno tras otro, cogidos y silbando el motivo del número, mientras Gabriela permanece en el sillón inmóvil, y Montricur, cruzado de brazos, se queda contemplándola y moviendo la cabeza como si renegase del encarguito que le han dejado.—Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

El castillo del general Petipón en Turena. Un gran salón-hall medio cubierto que da sobre un jardín. Al foro gran balaustrada y columnas ligeras con una especie de terraza ó rotonda que avanza hacia el parque. Puertas laterales. Mobiliario lujoso. En primer término, á la derecha, un gran piano de cola. Pendiente del techo y en el centro del salón una araña inmensa. La habitación debe ofrecer un aspecto alegre, elegante y aristocrático. Es de noche. Todas las luces encendidas.

ESCENA PRIMERA

CAPRICHO, la DUQUESA DE VALMONTE, CLEMENTINA, SEÑORA ROSIÑOL, SEÑORA LAVIRET, SEÑORA PUÁN, SEÑORA MONTCHARMÓNT, SEÑORA DUPUY, el DOCTOR PETIPÓN, el GENERAL, el ABATE, CHAMEROT y PANDILLAC

Al levantarse el telón, el coro de niñas y niños, dirigido por el Abate, entona una cantata de circunstancias que ha compuesto para felicitar á los novios. Los invitados estarán repartidos por la escena; las damas, en los primeros términos; los hombres, al fondo, apoyados en la barandilla de la rotonda. Capricho va de un lado á otro ofreciendo un vaso de refresco á uno; un helado á otro; siempre muy exagerada, muy redicha, queriendo desempeñar á la perfección su papel de ama de casa. El General la contempla entusiasmado, cayéndosele la baba. Petipón no se separa de ella y á cada momento la llama la atención dándola codazos ó tirándola del vestido. Las mujeres la observan curiosas, con envidia y admiración, porque en ella ven á la parisién con todas sus elegancias y refinamientos

Música

Niños Que la Virgen bondadosa
escuche mi oración
y os conceda generosa
su santa bendición.
¡Oh, cónyuges
magnánimos,
las bodas
celebrad!
Y que pronto nos volvamos
á encontrar
bautizando á un pequeñito
que vendrá.
(Aplausos y risas. Mucha animación.)

—

Coro Bien, señor Abate.
¡Muy original!
Otros ¡Muy original!
Cap. Sobran los elogios
porque es verdad.
Gen. (A Petipón.) Tu mujer
encantada está.
Abate (A todos.) ¡Señoras!...
¡Señores!...
¡cuánta bondad!
(A una seña del General entran en escena cuatro Criados llevando unas parihuelas y en ellas una campana cubierta con una funda de seda. El General descubre la campana y dice:)
Gen. Yo, á vuestra iglesia
sencilla y cristiana,
le hago el regalo
de esta campana.
Vos, señor Abate,
haréis el obsequio de aceptarla.
Abate (Inclinándose.)
¡Oh, cuánto honor!
Gen. ¡Quiero que así,
(A Clementina.)
de vuestra boda quede
recuerdo aquí!
Cap. (A Clementina.)
Será esta campana

como una hermana
que tu amor al contemplar
ha de repicar.

—

(Cogiendo cariñosamente á Clementina por un brazo.)
¡Ven aquí!...
¿Dónde vas sin mí?
Gen. Claro está.
Petip. Claro está.
Clem. ¡Ay de mí!
¡qué es lo que querrá!
Gen. ¡Cállate!
Petip. ¡Calla ya!
Coro (A Clementina.)
Hay que ver
que hace falta nacer
para ser
tan feliz como tú.
Cap. El Señor
premia tu virtud.
Clem. El Señor
me dará salud.
Coro ¡Juventud!...
Alma del amor,
tu eres siempre
lo mejor.

—

Gen. La campana es necesario honrar.
Cap. ¡Dejadme á mí! ¡Quiero yo brindar!
Coro ¡Brindemos todos!

—

Gen. ¡Brindemos!
¡Honremos la campana!
Duq. Yo quiero
primero saludarla.

—

(Avanzando.)
Campanita, dobla y dobla,
que ya el alba por Oriente asoma.
Coro Din dán.
Din dán,
etc., etc.

Gen. Suena y suena sin cesar
como un toque militar.

Coro Din dán,
etc., etc.

Sra. Ros. Toca y toca muy aprisa
y que nadie falte á misa.

Coro Din dán, din, dán,
etc.

Abate Cuando suena la oración
van los fieles al sermón.

Coro Din dán, din, dán,
etc., etc.

Petip. Al sonar por la mañana
nos alegra la campana.

Cap. Dí cuándo suena
más tentadora.

Petip. Si tú lo sabes
dínoslo ahora.

—

Cap. Las campanas son discretas
y á las chicas muy coquetas
quieren decir cuando repican:
—Ten precaución que te critican.—
Advertencia singular
que no atiende la mujer
si una vez oye sonar
la campana del placer.

Coro Si una vez oye sonar.

Cap. La campana del placer.

—

Coro (Riendo.)
¡Já, já, já!...

Gen. ¡Que graciosa está! (Por Capricho.)

Coro ¡Já, já, já!...

Petip. ¡Me avergonzará!

Cap. Hizo efecto la canción.

Sra. Ros. Pues tienen razón.

—

Cap. (A Clementina. Como antes.)
¡Ven aquí!
¿Dónde vas sin mí?

Gen. Claro está.

Petip. Claro está.

Clem. ¡Ay de mí!
¡qué es lo que querrá!
Gen. ¡Cállate!
Petip. ¡Calla ya!
Coro (A Clementina.)
Hay que ver
que hace falta nacer
para ser
tan feliz como tú.
Cap. El Señor
premia tu virtud.
Clem. El Señor
me dará salud.
Coro Juventud,
alma del amor,
tú eres siempre
lo mejor.

—

Gen. (A los criados,)
¡Lleváos la campana!
¡Tened precaución!
¡Repitan los niños
su bella canción!
(Vuelven los criados á llevarse las parihuelas con la campana. Entre tanto los niños, dirígidos por el Aba te, cantan como antes.)
Niños Que la Virgen bondadosa
etc., etc.
(Al acabar el número gran animación. Todos hablan á un mismo tiempo. Los niños se retiran conducidos por el Abate, que vuelve en seguida á escena.)

Hablado

Cap. (A un grupo de señoras.) ¿Qué quieren ustedes tomar? ¡Un refresco! ¡Un helado! ¡Una copa de champagne!...
Sra. Ros. ¡Oh! Muchas gracias.
Cap. Supongo que no lo despreciará usted. (A las señoras Laviret y Dupuy.) Y ustedes. ¿Una copita de champagne? ¿Un vaso de limonada? ¡Ah! No digan ustedes que no.
Sra. Lav. Como usted guste.
Sra. Dup. Pero no se moleste...

Cap. ¡Bah! No faltaba más. ¿Eh? (A los Criados.) ¡Más limón!... ¡vivo! Y usted, señor Abate. Venga usted, venga usted acá...

Petip. (Aparte y tirándola del vestido.) ¡Por Dios, no exageres!...

Gen. (A los tenientes Chamerot y Pandillac.) ¡Eh!... No cabe duda... ¡mi sobrina ha tenido un éxito!

Cham. Es una parisina y ¡claro! todas estas señoras provincianas la admiran. (Aparté y preocupado.) ¡Y el caso es que yo he visto á esta mujer en alguna parte!

Clem. Tío, ¿no quieres refrescar?

Gen. No, hija mía, no. (Mirándola compasivo.) Anda, vé con tu prima. (Clementina se aleja.) ¡Ah! Quisiera que se pareciese á mi otra sobrina.

Cham. ¿Por qué? Clementina es muy bonita.

Gen. Sí; ¡pero es tan apocada, tan tímida!...

Pand. Es muy joven aun.

Gen. Ya la he dicho que puesto que está aquí su prima, que aprenda de ella, que la imite. Así, cuando se case Coriñón, se encontrará una novia completamente transformada.

Cham. ¡Es una gran idea!

Pand. A propósito. ¿Coriñón no ha venido?

Gen. No tardará. Tenía que recoger á su tía la baronesa... ¡Una señora muy anciana!... Pero como Coriñón no tiene más familia que ella quiere traerla para que asista á la ceremonia.

Cap. (A Petipón.) ¡Esto es intolerable!... ¡Me estás llenando el cuerpo de cardenales!

Petip. Es que tengo miedo á tus incorrecciones.

Cap. ¿Hablo mal?

Petip. No... Pero los modales... el aspecto...:

Cap. Sí. Quéjate del aspecto y estoy haciendo mi papel de dama del gran mundo que ¡vamos! ni la Sarah Bernhardt.

Petip. De todos modos, yo te ruego...

Cap. Cállate ya, hombre. Y no vuelvas á tirarme del vestido, porque te doy un capón delante de todo el mundo.

Petip. ¡Un capón! ¡Muy bonito! ¡Un capón la Sarah Bernhardt!

Cap. ¡Ya verás! He preparado un cotillón que ni en el mismísimo *Tabarán*. (Oyese fuera una murga, gran animación.)

Petip.	¡Dios mío! ¡Un cotillón al estilo de *Tabarán* aquí!...
Gen.	¡Eh! ¿Qué es eso? (Por la música.)
Sra. Ros.	La serenata á los novios. Una costumbre del país.
Sra. Puán.	¡Ay! ¡Pues vamos á oirla!
Todos	¡Sí, sí, vamos!... (Van saliendo por el foro.)
Gen.	¡Clementina! (Acercándose á ella.)
Clem.	¿Qué quíeres, tío?
Gen.	Quédate aquí con tu prima.
Petip.	(Que se habrá acercado.) Sí, pero es que...
Gen.	Oye bien lo que te diga... Aprovecha la ocasión y aprende... (A Capricho.) ¡Duro con ella!
Cap.	Pierda usted cuidado. Yo la aleccionaré en todo.
Petip.	(¡Dios mío! ¡La pervierte!)
Gen.	Vamos al jardín. (Á Petipón.) Pero, ¿qué haces? ¿No oyes que van á hablar de sus cosas? (Á Chamerot.) Este animal de sobrino es más celoso que un turco. ¡Ni á tiros se aparta de su mujer!
Chan.	Es verdad.
Pand.	(Aparte al marcharse y refiriéndose á Capricho.) ¡Y el caso es que yo he visto también á esta mujer en alguna parte!...

(Vánse todos por el foro. Dentro sigue sonando la música, pero muy blandamente.)

ESCENA II

CAPRICHO y CLEMENTINA

Cap.	(Aparte y contemplando á Clementina.) ¡La futura de Coriñón! .. ¡La verdad es que me pasan á mí unas cosas!... Y ¿qué la aconsejo?
Clem.	¿Decías algo, prima?
Cap.	¡Ven!... ¡Mírame!... ¿Estás contenta?...
Clem.	Sí.
Cap.	¿Quieres á tu novio?
Clem.	(Mirando á todas partes y decidiéndose.) No.
Cap.	(Asombrada.) ¿Que no quieres á Coriñón? ¿Por qué?
Clem.	Porque quiero á otro; pero mi tío se ha empeñado en que me case con Coriñón, y ¿qué voy á hacer?

Cap. (Aparte.) ¡Pues no habíamos contado con esto!

Clem. Tú podías arreglarlo.

Cap. ¿Yo?

Clem. Sí... Podías aconsejarme qué haría yo para que Coriñón no se casara conmigo... ¿No se te ocurre?

Cap. ¿Qué si no se me ocurre?... ¡Ya lo creo que se me ocurre! Tú no le quieres; él no te quiere á ti...

Clem. (Con viveza.) ¿Que no me quiere?...

Cap. ¡No, no!... Digo que había que hacer algo para que no te quisiera... (Después de meditar un instante.) Sí... Esto es... ¡Ya está!

Clem. (Con curiosidad.) ¿Qué?

Cap. ¡Verás! Hay que cambiar de carácter. Cuando venga Coriñón nada de bajar los ojos, ni de decir que sí ó que no, ni de mostrarte tímida.

Clem. ¿No?... Pues ¿qué he de hacer?

Cap. Saltarle al cuello, abrazarle.. Sentarte en sus rodillas y decirle: (Capricho coge á Clementina, la sienta encima de ella y comienza á acariciarla como si fuera un hombre.) «¿Ha venido ya mi general rico? ¿Mi monín? ¿Mi cielo?...

Clem. ¡Pero si no es más que teniente!

Cap. No importa... ¡Llámale general! ¡Eso á los tenientes les gusta mucho!

Clem. ¿Y nada más?

Cap. Sí... Le acaricias así y le das vueltas á un rizo despeinándole. ¡Verás cómo se enfurece!

Clem. ¿Y deshará la boda?

Cap. ¡Con seguridad!

Música

Clem.
Te prometo elegir
una buena ocasión
y seguir y seguir
tu lección.

Cap.
Si esperándole estás
y haces bien tu papel,
lograrás, lograrás,
terminar con él.

Clem. ¡Es horrible vivir
sin querernos los dos!
Cap. Dices bien, dices bien,
¡no por Dios!
Lo primero es triunfar
y lucir y brillar
y el amor tentador
gozar.

—

Mira que hay hombres á millares
que quitan los pesares
con locos placeres,
y en el montón tiene toda mujer
donde escoger,
donde escoger.
¡Y el que te guste te puedes llevar,
lo mismo que en un bazar!

—

Clem. Yo quisiera tener
esa rara virtud
y saber y saber
lo que tú.
Cap. En asuntos de amor
con cuidado hay que andar,
lo mejor, lo mejor,
es coquetear.
Clem. ¡Pero acierta á venir
el galán que soñé!
Cap. ¡No por Dios! ¡no por Dios!
¡déjale!
Lo que importa es gozar
y querer y olvidar,
y á un amor y otro amor
jugar...

—

Mira que hay hombres á millares
que quitan los pesares
con locos placeres,
y en el montón tiene toda mujer
donde escoger,
donde escoger.
Y el que no sirva se puede cambiar.

—

Las dos ¡Lo mismo que en el bazar! (Un poquito de «escena» y mutis luego bailando al compás de la música.)

ESCENA III

Supónese que ha concluído la serenata. Los invitados se asoman á lo largo de la balaustrada charlando y riendo en animados grupos. Las SEÑORAS ROSIÑOL, LAVIRET, PUÁN y DUPUY entran precipitadamente y se dirigen al primer término murmurando con gran animación. Un instante después aparece la SEÑORA MONTCHARMONT que se dirige á ellas. Momentos más tarde entra PETIPÓN preocupadísimo buscando á CAPRICHO por todas partes á tiempo que la DUQUESA toma asiento en una butaca; su hijo RENÉ siempre está á su lado

Hablado

Gen. (Apareciendo en la balaustrada en medio de Chamerot y Pandillac.) Gracias, mil gracias. Pero basta de música.

Cham. Los pobres lo hacen con muy buena intención.

Gen. Y con muy malos instrumentos. ¡Pero este Coriñón que no viene!

Cap. En efecto, ya tarda.

Gen. Me temo que no pueda traer á su tía la baronesa... ¡Esas viejas son tan comodonas!

Petip. ¿Dónde andará esa loca? ¡Me está dando una nochecita!

(Entran precipitadamente las señoras Rosiñol, Laviret, Dupuy y Puán. Las cuatro hablan al mismo tiempo, quitándose las palabras.)

Sra. Ros. ¿Ha visto usted? La manga es abierta con un ligero fruncido y la falda recta.

Sra. Lav. El encaje también está muy bien combinado.

Sra. Dup. Y el color del cuerpo no resulta chillón.

Sra. Puan El vestido está todo él cortado *al biés.*

Sra. Ros. ¡Ya se lo decía yo á ustedes! ¡Si estaba segurísima. (Acércase á ellas la señora Montcharmont.)

Sra. Mon. Una gran noticia, amigas mías. Una gran noticia.

Las cuatro ¿Qué?

Sra. Mon. (Satisfechísima.) ¡La he visto la ropa interior!

Las cuatro (Con mucha curiosidad.) ¿A quién?
Sra. Mon. ¿A quién va á ser? ¡A ella! ¡A la señora Petipón!
Las cuatro (Asombradas.) ¡Es posible!
Sra. Mon. (Con admiración profunda.) ¡Oh! ¡qué cosa más elegante!... Sin enaguas. ¿Oyen ustedes? ¡No lleva enaguas!
Sra. Ros. ¡Sin enaguas!...
Las cuatro ¿Es posible?
Sra. Mon. Toda la ropa interior es de seda, ajustadísima, señalando la línea del cuerpo con encajes riquísimos... ¡Oh, qué cosa tan *chic!*
Sra. Ros. Pero ¿cómo ha hecho usted para verlo?
Sra. Mon. (Con suficiencia.) ¡Ah! Me he valido de mi diplomacia.
Las cuatro (Rodeándola.) ¿Sí?
Sra. Mon. En un momento en que estaba sola, me acerqué y la dije:—¡Me gustaría mucho ver su ropa interior!
Las cuatro ¿Eh?...
Sra. Mon. Así. Sencillamente. Entonces, la señora Petipón, con un ademán elegantísimo, cogió su falda con ambas manos, se la echó por encima de la cabeza, levantó una pierna y exclamó: —*¡Vualá!* (Imitando graciosamente el movimiento, aunque sin levantarse la falda, naturalmente.)
Las cuatro (Con gran admiración.) ¡Qué elegante!
Sra. Mon. Pues ¿y el pantalón?... Figúrense ustedes que no es pantalón. Es una malla de seda. ¡El último grito de la moda!
Sra. Puan ¡Jesús!...
Sra. Lav. (Con ingenuidad.) ¡Y yo que acabo de comprarme seis pantalones bombachos!... (Todas rien.)

ESCENA IV

DICHOS, la SEÑORA VIDOBÁN y el PREFECTO

Un Criado (Por la derecha, anunciando.) ¡El señor Prefecto! ¡La señora Vidobán!
(Rumores, saludos, etc.)
Gen. (A la señora Vidobán.) Señora; no sabe usted cuánto le agradezco que haya venido.
Sra. Vid. ¡Por Dios, general!
Pref. ¡No faltaba más!

Sra. Vid. (Se acerca al grupo de las señoras.) ¿Qué tal, amigas mías? Tengo grandes deseos de conocer á la señora Petipón. Todo el mundo habla de ella ¡Ha tenido un éxito loco!

Sra. Lav. ¡Ah! ¡Es encantadora!

Sra. Puán ¡Espiritual!

Sra. Ros. ¡Adorable!

Sra. Vid. ¿Sí?

Sra. Mon. Una verdadera parisina. (Con intención.) Ahí la tienes.

ESCENA V

DICHOS, CAPRICHO y CLEMENTINA, por la izquierda

Cap. ¡Perdón! ¡Hemos estado charlando!

Gen. Ven. Voy á presentarte al Prefecto del departamento.

Cap. ¡Caballero! (Saludando exageradamente.)

Pref. Mil felicitaciones, señora. En toda la ciudad no se habla más que de usted.

Cap. ¿Sí?

Gen. ¡Su esposa, la señora Vidobán!

Sra. Vid. No le asombre á usted; somos provincianas y cuando llega una dama de París la admiramos sinceramente.

Cap. ¡Por Dios! Pero tomen ustedes alguna cosa. ¿Quieren ustedes refrescar?

Sra. Vid. No, no. ¡Mil gracias!...

Pref. (Cogiendo á la señora Vidobán y llevándola á un lado del escenario.) Ya sabes lo que te he dicho. Procura hacerte amiga... Observa sus modales... ¡Imítala en todo!

Sra. Vid. ¡Ah! No tengas cuidado.

Pref. ¡Es que se trata de una gran señora!

Cap. ¿Y usted, mi querida duquesa?

Petip. (¡Adiós! ¡Ahora va con la duquesa!)

Duq. ¡Hija mía! Yo tomaré un poquito de limón. Pero no se moleste usted. (A su hijo.) Anda, René. Vé tú.

Cap. ¡No faltaba más! (A un criado.) A ver... Un vaso de limón con unas pajas.

(El criado le trae un vaso de limón con unas pajas; Capricho lo prueba y luego se lo da á la Duquesa.)

Gen. (A Petipón.) Oye... Hazme el favor de acompañar al Prefecto para que vea los cuadros de mi despacho.

Petip. (Excusándose) Es que.. Como está aquí mi mi mujer...

Gen. Ya lo sé, hombre. Pero no tengas cuidado, que no te la comerán.

Pref. No, no, doctor... Luego.

Gen. ¡No, ahora, ahora!... Anda.

Petip. Con mucho gusto. Venga usted. (¡Dios mío! ¡Que no haga ninguna barbaridad!)

(Vanse Prefecto y Petipón por la izquierda.)

ESCENA VI

DICHOS, menos PREFECTO y PETIPÓN

Duq. (Tomando el vaso de manos de Capricho.) Es usted muy amable. ¿Verdad, hijo mío, que es muy amable la señora Petipón?

René (Tipo de señorito provinciano, elegante y rico, que no se ha separado de las faldas de su madre.) Sí, sí, mamá. (Todas las señoras se han sentado en primer término izquierda, rodeando á la Duquesa y fijándose en los movimientos que hace Capricho, y así, cuando ésta pone una pierna encima de la otra, las señoras la imitan ostensiblemente.)

Cap. ¿Es su hijo este joven?

Duq. ¡Sí, señora!... René, duque de Valmonte.

Cap. (Mirándole.) ¡Ah!

René (Con mucha timidez.) ¡Servidor!

Duq. Ya es un hombre. Por eso me inquieta ahora la idea de tener que enviarle á París.

Sra. Vid. ¿Para qué?

Duq. Es menester que trabaje... Desgraciadamente no sirve para nada y pienso dedicarle á la literatura.

Cap. ¡Ah!

Duq. Para eso es preciso vivir en París, y como va á ser su mayor edad y entrará en posesión de la gran fortuna que le dejó su padre...

Cap. (Comiéndosele con los ojos.) Sí, ¿eh?

Duq. Tengo miedo. Ya ve usted; ¡si tiene la des-

gracia de caer en manos de una de esas criaturas infernales que hay en París!...

Cap. ¡Oh, duquesa!... ¡Me asusta pensarlo!... Pero, permítame usted... (La coge el vaso y lo va á llevar para dárselo á un criado.)

Duq. No se moleste.

Cap. Sí, sí...

Duq. Es encantadora, ¿verdad? (Á las otras.)

Sra. Vid. ¡Adorable!

Todas ¡Adorable!

(René, separado del grupo que forman las señoras, se ha colocado en primer término á la derecha y Capricho, al pasar para entregar á un criado el vaso de limón, se detiene contemplando á René, le sonríe y, cogiéndole la cara con la mano izquierda, le da un estrujón cariñoso y sigue su camino. Las señoras, entre tanto, siguen charlando sin apercibirse de nada. René, entre sorprendido y asustado, pone cara de idiota.)

Sra. Mon. ¡Verdaderamente elegante!

Todas ¡Elegantísima!

Duq. Sí, sí; es muy distinguida...

(Siguen hablando animadamente. Capricho, durante este diálogo, habrá entregado el vaso á un criado y vuelve á pasar junto á René, repitiendo las mismas señas y la misma caricia. René se dirige al público con cara de imbécil como preguntando: ¿Pero qué le pasará á esta señora?)

Duq. (A Capricho.) ¡Crea usted, señora, que no sé cómo agradecerla!...

Cap. No hay que hablar de eso... ¡Es muy simpático su hijo! (Mirándole y comiéndosele con los ojos.) Muy simpático... ¡y muy guapo!

Duq. ¡Oh! ¡Es usted muy amable!

(René, al oirse llamar guapo, se estira los puños con presunción y se arregla la corbata y el frac. Mucha animación.)

ESCENA VII

DICHOS, PETIPÓN y PREFECTO, por la izquierda

Pref. Interesantísima la colección de cuadros.

Petip. Sí, sí, mucho. (Viendo á Capricho y muy asustado.) (¡Dios mío, habrá hecho alguna de las suyas!)

René (Aparte á Petipón.) Señor doctor, ¿quiere decirme las señas de su casa en París?

Petip. Bulevar Montmartre, cincuenta. ¿Para qué lo quiere usted saber?...

René No, no... Para nada... Para hacerle una visita.

Petip. (Sin mirarle. Preocupado con lo que está hablando Capricho en el grupo de señoras.) Debo advertir á usted que la visita son cincuenta francos.

René (Sorprendidísimo.) ¿Eh?...

Petip. (Distraído.) Sí... Soy un médico caro. (Tose significativamente para llamar la atención de Capricho.)

Cap. (Comprendiéndolo y levantándose.) Perdonen ustedes. Voy á hablar dos palabras con mi marido.

Petip. (Aparte á Capricho y muy enfadado.) Pero tú, ¿estás loca?... ¡Hablando ahí mano á mano con la duquesa!...

Cap. ¿Vas á empezar otra vez á reconvenirme?

Petip. ¿Qué la decías? ¿De qué hablabas?...

Cap. ¡Qué sé yo!... De la lluvia .. del tiempo...

Petip. Te lo suplico. ¡Procura hablar poco!

Cap. Ya te he dicho que me dejes en paz.

Petip. ¡Es que tengo miedo!

Cap. (Aburrida.) ¡Ea, como me hartes mucho lo echo á rodar todo!

Petip. (Muy incomodado.) ¡Capricho!...

Cap. (Desafiándole.) ¡Qué!

Petip. (Conteniéndose.) Nada.

Cap. (Riendo descaradamente.) ¡Ja, ja, ja!...

Petip. No te rías.

Cap. ¿Que no me ría? ¡Ja, ja, ja!... ¿Pues no dice que no me ría? ¡Ja, ja, ja! (Repitiendo el juego del primer acto.) ¡Sube aquí y verás París!

(Poco á poco han ido fijándose los invitados, de manera que, al decir Capricho la frase anterior, todos la oyen. Movimiento de sorpresa y un ¡oh! general. Petipón se queda anonadado y Capricho cae de pronto en la cuenta de que ha hecho una barbaridad.)

Todos ¡Oh!

Petip. ¡Cataplún!

Cap. ¡La solté! (Quedan todos en silencio. Pausa.)

Gen. (Riendo.) ¡Ja, ja, ja! ¡Sube aquí y verás París! ¡Ja, ja, ja! ¡Qué graciosa! (Gran ruido de conversaciones. Pero, ¿ha visto usted?—¿Qué quiere decir eso?—¡Es extraño! etc.)

Petip. (Queriendo arreglarlo.) ¡Ah!... ¿Ustedes no saben?... (Esforzándose en salir del atolladero.) Eso es... Es una moda...

(Extrañeza general.)

Sra. Mon. (Muy sorprendida.) ¡Una moda!...

Cap. Sí, sí... ¡Eso es!.. ¡Una moda! ¿No es verdad, tío?

Gen. ¡Claro! Yo ya lo sabía.

Petip. La última moda de París. La princesa Bonaparte y la duquesa de Waterlóo la han lanzado este invierno... Pero ¿de veras no lo sabían ustedes?.. Al hacer una presentación es costumbre saludar con el pié derecho... ¡Eso es!... Se levanta el pié de esta manera, se le hace girar y se dice: (Imitando á Capricho.) ¡Sube aquí y verás París! (Lo hace. Todos hablan á un tiempo. ¡Ah, qué moda tan rara!—¡En París están locos! —¡Pues á mí me parece bien! ¡Se luce el calzado! etc.)

Cap. ¡Sí!... ¡Ahora es la gran moda! (Conteniéndose para no reir.)

Duq. (Muy gravemente.) ¡Sube aquí y verás París! Confieso que no lo había oído nunca.

Cap. (Estallando.) ¡Ja, ja, ja! ¡La duquesa no lo había oído! Oye. (A Petipón.) No lo había oído. (Al General.) No lo había oído la Duquesa. ¡Ja, ja, ja! (Ríe con estrépito, se golpea en las piernas, se retuerce. El General y Petipón la imitan.)

Gen. ¡Ja, ja, ja! No lo había oído.

Duq. (Muy seria.) No, no lo había oído.

Sra. Mon. Pero ¿es verdad? (A la señora Vidobán.) Usted, que ha estado en París últimamente, lo sabrá.

Sra. Vid. ¡Naturalmente! En todos los salones no se hacía otra cosa. (Resueltamente, se da el azote y levanta la pierna diciendo como Capricho:) ¡Sube aquí y verás París!—¿Lo ven ustedes? ¡Sencillísimo! (Todas las señoras, convencidas, exclaman: ¡Pues es verdad! ¡Es la moda! ¡No cabe duda!)

Petip. (Asombrado de la ayuda inesperada de la señora Vidobán.) ¡Eso es! Ya lo oyen ustedes... La señora Vidobán lo sabía. (Aparte.) ¡Está loca la señora Vidobán!

Gen. Yo también... Yo también lo sabía. (Haciéndolo también.) ¡Sube aquí... y verás París!

(Ríen todos; gran animación. El Abate, animado también, intenta hacerlo y cae en brazos de un grupo que le rodea y puede decirse que le coge en el aire.)

Petip. (Aparte á Capricho.) ¿Lo ves? Concluirás por comprometerme.

Cap. Tú tienes la culpa. ¡Me pones nerviosa!

Gen. ¡Sobrina!... Me dicen que cantas muy bien.

Petip ¡Ah, no, no!... ¡Eso no!

Gen. Pero hombre, ¿quieres dejarla tranquila? ¿No ves que la cohibes?

Cap. ¡Me revienta!

Todos ¡Sí, sí!... ¡Cante usted algo!

Cap. Bueno, ¿no les importará que sea un poquito picaresco? Se trata del *cuplé* de moda. ¿Quién me quiere acompañar?

Duq. Yo misma.

Cap. Bueno; pues allá va.

Petip. (Aparte.) ¡Dios nos coja confesados!

(La Duquesa, del brazo de René, cruza el salón y se sienta al piano para acompañar la canción.)

Música

Cap. Cuando una mujer
adora el placer
olvida la pasión.

Todos Olvida la pasión.

Cap. Su sueño es poder
al fin poseer
un auto y un millón.

Todos Un auto y un millón.

Cap. Son sus amores
sedas y joyas vestir,
feliz gozar.
Vive entre flores,
no quiere más que lucir,
reir, triunfar.
Y suele unirse á un setentón
que un fortunón la da después,
mientras arrastra su pasión
y la suplica siempre á sus pies...
—Dame sólo un poquitín,
un poquitín de amor;
de un beso, tuyo al fin,
chiquirritín,
la tentación.

Dame un beso, por favor,
bésame sin temor...
Y ella al viejo un beso dá
que no es ni fú, ni fá.

Todos Dame sólo un poquitín,
un poquitín de amor, etc.

—

Cap. Después de triunfar
se suele cansar,
y advierte con dolor...

Todos Y advierte con dolor.

Cap. Que empieza á sufrir
porque no es vivir
la vida sin amor.

Todos La vida sin amor.

Cap. Quiere anhelante
en su camino encontrar
la mano fiel.
Busca un amante
á quien querer y adorar,
sin dar con él.
Pidiendo amor á tientas vá
en pos del hombre en quien soñó,
y cuando al fin ya con él dá
así suspira con ilusión...

—

(Disimuladamente ha cogido la mano de René acariciándola, y con mucha pasión y con mucha picardía le va cantando el estribillo al duque de Valmonte que la escucha asustado y sin saber qué hacer.)

—Dame sólo un poquitín,
un poquitín de amor.
De un beso, tuyo al fin,
chiquirritín,
la tentación.
¡Dame un beso, por favor!
¡Bésame sin temor!...
Y en el beso que le dá
toda su vida vá.

—

Todos ¡Dame un beso, por favor!
¡Bésame sin temor!... etc.

(Al acabar el número, aplausos, felicitaciones, etc.)

ESCENA VIII

DICHOS y GABRIELA, por el foro, con sombrero y guardapolvo de viaje

Hablado

Gab. (Dejando una sombrerera y un saco de mano á los criados.) Lleven ustedes esto... ¡Ah! Creí que no llegaba á tiempo.

Petip. (Aterrado.) ¡Mi mujer!... (Sale disparado y desaparece por la izquierda.)

Cap. (Idem.) ¡Gabriela!... (Se confunde con el grupo de señoras de la izquierda procurando dar la espalda á Gabriela.)

Varios ¿Eh?...

Gab. ¡Perdóneme usted, general!...

Gen. (Aparte y asombrado.) ¡La loca!

Gab. ¡Ya estoy aquí! No pude venir antes porque perdí el tren.

Gen. (Aparte.) ¡Canastos! ¡Pero si es que no recuerdo haber invitado á esta mujer!

Sra. Vid. ¿Quién es esta señora?

Clem. No la conozco.

Gab. Mi marido no pudo venir... Le avisaron para una operación urgente.

Gen. Sí sí. (Aparte.) ¡Nada, que por lo visto invité al matrimonio!

Gab. Pero yo estoy aquí y es igual. Usted perdonará que me presente en traje de viaje.

Gen. ¡Es lo mismo, es lo mismo!...

Gab. ¿Quiere usted presentarme á estas señoras?

Gen. ¿Presentarla?... Sí, sí... (Aparte.) ¡La seguiremos la corriente! (Dirigiéndose al grupo de señoras.) Amigas mías... Permítanme ustedes que les presente á esta señora, amiga de mi sobrina, que acaba de llegar de París.

Sra. Vid. ¡Ah! ¿Es una parisién? (Con curiosidad.)

Gen. (Presentándolas.) Sí... ¡La señora Vidobán!...

Sra. Vid. ¡Señora! (Se inclina é inmediatamente se da el azote, levanta la pierna y exclama:) ¡Sube aquí y verás París!

Gab. (La mira muy asombrada y sin saber qué decir.) ¿Qué?

Gen. (Continuando las presentaciones.) ¡La señora Montcharmont!...

Sra. Mon. ¡Señora' (Lo mismo.) ¡Sube aquí y verás París!

Gab. ¿Cómo? (Sin comprender.)

Gen. ¡Mi sobrina! ¡La señora de Puán! ¡La señora Laviret! ¡Las señoras Rosiñol y Dupuy!...

Las cuatro ¡Señora!... ¡Sube aquí y verás París!

Gab. (Asombradísima.) Debe de ser una costumbre de estas tierras.

Gen. (Acercándose á la Duquesa que estará sentada.) ¡La duquesa de Valmonte!... (Espectación.)

Duq. ¡Tengo mucho gusto!... Perdone usted que yo no imite las nuevas costumbres del gran mundo... ¡Mi edad no me lo permite! Y además, de aquí á París ¡hay tanta distancia!...

Gab. ¡Ah, señora! ¡No faltaba más! (Aparte y después de titubear un momento.) Bueno. ¡Puesto que es costumbre!... (Se recoge la falda, hace una pirueta y exclama:) ¡Sube aquí y verás París! (Aprobación general.)

Sra. Mon. (A sus amigos.) Ya lo ven ustedes; es la moda.

Sra. Vid. ¡Ya lo había dicho yo!

Sra. Puan ¡Es verdad.

(Durante toda esta parte de la escena, Capricho habrá estado al lado del Duque y vuelta de espaldas. En este momento y al ver que el General se dirige á ella para hacerle la presentación, va derecha á Gabriela, comenzando á abrazarla con grandes muestras de afecto y hablando muy de prisa, sin dejarla respirar. Gabriela está asombrada, sin conocer á aquella señora que la trata con tanto cariño.)

Cap. (Avanzando rápidamente y sin esperar que el General hable.) ¡Ah, no hay necesidad!... ¡no hay necesidad! (Á Gabriela.) ¿No es verdad? Nosotras no necesitamos presentación.

Gab. (Asombrada.) ¿Eh?

Cap. ¡Y qué! ¿Cómo estás? ¿Has hecho bien el viaje? ¡Ah! Tú no sabes lo que te agradecemos que hayas venido. Pero en fin, ya estás aquí. ¡A ver! ¡A ver! ¡Estás bien! ¡Tienes muy buena cara!

Gab. ¡Sí, pero... perdone usted!...

Cap. Muy buena cara, no lo niegues. A primera vista se nota que disfrutas una salud espléndida, de lo cual me felicito... Pero á todo esto no te he dicho nada. Bueno, ya

sabes que estás en tu casa; que dispones de todo... Si necesitas alguna cosa, ya sabes, con libertad, con toda libertad... ¡Ah! Voy á ver á estas señoras. Perdona un instante. (Se separa de ella exclamando.) ¡Uf!...

Gab. Pues señor, ¿quién será este torbellino? Me debe conocer mucho, puesto que me tutea. (A un lacayo que pasa por su lado.) ¡Diga usted!

Criado ¡Señora!...

Gab. ¿Quiere usted decirme quién es esa señora? (Señalando á Capricho, que estará en un grupo, en el fondo, vuelta de espaldas.)

Criado Es la señora Petipón. (Vase el Criado.)

Gab. (Furiosa.) ¿Cómo la señora Petipón? (Adivinando de pronto.) ¡Ah! ¡Vamos! ¡Como el general no nos había dicho que estuviera casado otra vez! ¡Es su señora! ¡Claro! ¡Y yo, tonta de mí, que no he caído!... (Dirígese apresuradamente á Capricho.) ¡Ah! ¡Perdóname, hija mía! ¡Perdóname! ¡Me estabas hablando y no te conocía! Ignoraba que el general se hubiera casado otra vez.

Cap. (Aparte y asombrada.) ¿Eh?... Pero ¿qué dice?...

Gab. Hasta que le he preguntado al criado que me ha dicho que eras la señora Petipón, la esposa del general.

Cap. (Conteniendo la risa.) ¡Anda!...

Gab. ¡A ver, déjame que te mire!... ¡Qué linda! Ya ves.. yo soy tu sobrina... debía ser al contrario, pero...

Cap. Sí, sí. ¿Pero no quieres aviarte, descansar...?

Gab. Voy con tu permiso á arreglarme un poco.

Cap. Ven por aqui. Ahí, en el fondo del corredor, encontrarás todo lo que necesitas.

Gab. Hasta ahora mismo. ¡Ah! Oye. Me dijo el general que había fantasmas en este castillo. ¿Es verdad?

Cap. ¡Fantasmas! Quita de ahí, mujer. (No hay más fantasma que tú.)

Gab. Porque si supieras... ¡Ah! ¡Tengo un miedo!...

Cap. No te preocupes .. Anda, hasta luego.

Gab. Sí, sí, vuelvo en seguida. (Al salir, se detiene un momento para despedirse.) ¡Señores!... ¡Sube aquí y!... (Interrumpe el saludo como asustada de su propio atrevimiento y desaparece corriendo por la izquierda.)

ESCENA IX

DICHOS menos GABRIELA

Gen. Pero ¿habéis invitado vosotros á esa loca?
Cap. Sí... Mi marido la dijo que viniera...
Gen. Porque yo no recuerdo haberla dicho nada.
Voces (Entre las señoras.) Pero, ¿no vamos á bailar?
Sra. Vid. ¡Sí, sí!... ¡A bailar!
Sra. Mon. A ver, ¿quién se pone al piano?
Abate Yo no sé tocar más que una pieza.
Cap. Yo haré el acompañamiento. Tocaremos á cuatro manos. ¡Una quadrille! (Asombro general.)
Abate ¿Cómo? Unos lanceros dirá usted.
Cap. Bueno .. unos lanceros... Es lo mismo...
(Gran ruído de conversaciones. El Abate y Capricho se instalan en el piano. Las parejas se colocan en el centro de la escena. Entra un criado, que se acerca á Clementina, que estará en primer término.)
Criado ¡Señorita!
Clem. ¿Qué hay?
Criado La modista acaba de traer el vestido de novia.
Todos ¡Ah! ¡El vestido!
Mont. ¡Ay! ¡Yo quiero verle!
Todas ¡Y yo! ¡Y yo!...
Clem. Luego, luego. (Al criado.) Cuando concluya el baile, súbalo usted aquí al salón inmediato para que lo vean.
Criado Está bien. (Vase.)
Todos ¡Venga música¡ ¡Venga música!

Música

(Baile. Comienza el rigodón, que bailan ocho ó diez parejas. Capricho, desde el piano, se impacienta y exclama dirigiéndose á los que bailan:)
Cap. (Hablado sobre la música.) ¡Vamos!... ¡Más de prisa!... ¡Más elegancia en los movimientos!... ¡Eso está muy mal!... ¡Eso se baila así!
(Deja de tocar y sale al centro de la escena, donde comienza á bailar un cancán. Extrañeza general en el primer momento. En seguida todos la imitan. De

pronto, Capricho se detiene y grita:) ¡A la farandola!

Todos ¡A la farandola! (Se cogen de las manos y van saliendo á todo correr. Capricho los anima con sus gritos. En la cadena formada por los bailarines, quédanse los últimos René y Capricho; pero al llegar á la terraza, se desprende Capricho de los demás y se queda en escena con René mientras se oye alejarse á los de la farandola y va cesando la música.)

ESCENA X

CAPRICHO y RENÉ

Cap. (Arrastrándole al primer término.) ¡Venga usted!... ¡Venga usted aquí!...

René (Asustado.) ¡Pero señora!... ¡Señora!...

Cap. Venga usted y no huya de mí. (Se sienta provocativamente. René queda en pie mirándola muy azorado.) ¡Acérquese!. . ¡Más!... ¡Más!...

René (Medio atontado.) ¡Uy, cómo me mira!

Cap. (Coqueteando.) Puede usted besarme.

René (Aterrado.) ¿Eh?...

Cap. (Sonriendo.) Que puede usted besarme; se lo permito

René (Tímidamente y creyendo que es broma.) ¡Bah!... ¡Usted bromea!

Cap. ¡Bueno! Usted se lo pierde.

René ¡Canastos! (Se acerca con mucha timidez. Capricho le coge de una mano, tira y rápidamente le hace dar una vuelta y caer sentado en sus rodillas.) ¡Ah!...

Cap. (Sonriente y provocativa.) ¿Es desagradable?

René (Muy azorado.) ¡No! ¡No, señora!...

Cap. (Meciéndole como á los niños.) Bueno. Nos vamos á ver en París, ¿eh?

René (Sofocadísimo.) Cuando usted guste...

Cap. Pero procure usted llevar mucho dinero, porque París es caro.

René ¡Ya!... ¡Ya me lo han dicho!...

Cap. Los tiempos están muy malos y la vida se ha puesto imposible... Iremos al teatro y á los restaurants y al Bosque.

René (Asustado.) Pero... ¿y su marido?

Cap. ¡Bah! No se ocupe usted de él. ¡Ya verá usted cómo nos divertimos!

René (Muy decidido ya.) ¡Eso, eso!...

Cap. (Con mucha zalamería.) ¿Para quién van á ser todos los millones de mi duquesito?

René ¡Para usted!... ¡Para usted solita!...

(Aparece en el fondo Petipón, que, asombrado, se lleva las manos á la cabeza.)

ESCENA XI

DICHOS y PETIPÓN

René estará sentado sobre las rodillas de Capricho. Al ver á Petipón, asustado, quiere levantarse, pero Capricho le retiene

Petip. ¡Eh! ¿Pero esta mujer está loca? (Avanza rápidamente hacia ellos. René logra desasirse de Capricho y corre al otro lado de la escena.)

René (Dando un grito.) ¡Ah!... ¡El marido!...

Petip. (Entre ambos y cruzándose de brazos.) ¡Desventurada!... ¿qué haces?... ¡Si os llega á ver alguien!

René (Asombrado.) ¿Eh?

Petip. ¿No comprendes que esas no son maneras? ¡Aquí, con el duque en las rodillas! ¡Por Dios!.. Cuando estés en París podrás hacer lo que te parezca; pero aquí, yo te suplico que guardes más compostura.

René Es muy razonable este caballero.

Cap. ¡Es insoportable!

Petip. ¡Ah, señor duque!... Yo se lo ruego á usted. Convénzala para que no sea tan loca. ¡Hay cosas que aquí llamarían mucho la atención!

René ¡Ah! ¡Ya lo creo que la llamarían!

Cap. ¡Me aburre! ¡Estoy cansada ya!

Petip. ¿Oye usted lo que dice, señor duque? Yo no sé qué hacer para convencerla.

René ¡Verdaderamente usted no puede hacer más!...

Petip. Eso creo yo. Pero esta mujer...

René (Sobresaltado.) ¡Que viene gente!

Petip. ¿Gente?... ¡Oh, vámonos! ¡Vámonos! (Tirando de ella que se resiste.)

Cap. ¡No, no, yo me quedo!...

Petip. ¡De ningún modo! ¡No faltaba más!... Hasta después, señor duque.

Cap. Adiós. (*Al duque tirándole besos.*) ¡Toma, toma, toma!... (*René queda como quien vé visiones. Petipón sale llevándose, casi arrastrándola, á Capricho.*)

ESCENA XII

RENÉ y luego CORIÑÓN

René (*Se engalla, sonríe estúpidamente, se saca los puños y muy presuntuoso se contonea.*) ¡No cabe duda!... ¡He conquistado á una dama de la buena sociedad! ¡Ya estoy viéndome en París! ¡Ah! Si yo pudiera contar esto á mi mamá... ¡Qué contenta se pondría mi mamá!... (*Vase por el foro muy estirado y muy deprisa exclamando:*) ¡Ay, mi mamá!

Cor. (*Entra por la terraza.*) ¡Nada! No ha sido posible convencer á mi tía. Era de esperar, ¡la pobre no está para tales trotes! En fin, esto ya no tiene remedio; me caso y me está pareciendo mentira. Ahora á querer á Clementina y á ser felices... Lo malo es que, desde que he vuelto á encontrarme á Capricho, no ceso de pensar en ella... ¡Ah, Capricho, Capricho!... ¡Nos quisimos tanto!...

ESCENA XIII

DICHOS y CLEMENTINA; luego CAPRICHO

Clem. (*Por la izquierda.*) ¡Ah! ¿eres tú?

Cor. (*Aparte.*) ¡Mi futura!...

Clem. ¿Has llegado ya?

Cor. Ahora mismo. ¿Qué tal? ¿Y los invitados?

Clem. (*Aparte.*) Pondremos en práctica los consejos de mi prima. (*En alta voz.*) Los invitados están bailando la farandola en el jardín y recorriendo todas las habitaciones. Yo me he escapado... (*Muy zalamera.*) ¡Pero ven!... ¡Ven aquí!...

Cor. (*Aparte y muy sorprendido.*) ¿Eh?... ¿Qué le pasa? (*A ella.*) ¡Estás desconocida!

Clem. ¿Qué tienes? ¿Crees que te voy á comer? (Llevándole hasta una silla y sentándose de pronto sobre las rodillas de Coriñón.) ¿Quién es el general de mi casa? ¿Quién va á querer á su Clementina?...

Cor. (Asustado.) Pero ¿qué es esto?

Clem. (Repitiendo la lección como un loro.) ¿Ha venido ya mi general rico? ¿Mi monín? ¿Mi cielo?..

Cor. ¡Dios mío! Pero ¿qué le sucede á esta criatura?

(Aparece por el foro Capricho.)

Cap. Así me gusta á mí, ¡que se quieran los enamorados!

Cor. ¡Capricho! (Mira asombrado á Clementina y á Capricho.) ¡Tú! ¡Digo usted! ¡Digo!...

Clem. (Presentando á Capricho.) Mi prima. (Capricho le saluda con una inclinación de cabeza.)

Cor. ¡Su!... ¡Digo tu!. . (Llevándose las manos á la cabeza y alejándose hacia la derecha.) ¡Oooh!...

Cap. (Afirmativamente.) Su prima. (A Clementina.) ¿Quieres dejarnos un momento solos?... Voy á hablar con tu prometido.

Clem. ¡Ya lo creo!... (Aparte á Capricho.) A ver si desbaratas la boda... Yo he hecho todo lo que me dijiste.

Cap. Déjanos... No tengas cuidado.

Clem. (En alta voz y á Coriñón.) Te dejo con mi prima.. ¡Hasta ahora! (Medio mutis. De pronto se detiene y corre hacia Coriñón con los brazos abiertos y gritando.) ¿Quién va á ser el general de mi casa?

Cor. (Deteniéndola con un ademán.) No, rica, no. Ahora no... Está aquí tu... tu prima

Clem. Es verdad. Hasta luego. (Mutis por la izquierda.)

ESCENA XIV

CAPRICHO y CORIÑÓN

Cap. (Después de una pausa y riéndose de la confusión del teniente.) ¡Ja, ja, ja!... ¿Qué te ha parecido?

Cor. Pero ¿quieres explicarme todo esto?

Cap. ¡Oh, es muy largo! (Se sienta.)

Cor. ¿A qué has venido aquí? ¿A dar malos consejos á una inocente criatura?

Cap. ¡Alto ahí! Me los ha pedido ella.
Cor. ¿Pero tú qué haces en esta casa?
Cap. ¿Yo?... He venido con mi marido. (Aparte.) ¡Chúpate esa!
Cor. (Asombrado.) Con tu.. (Transición.) Mira... hablemos seriamente.
Cap. ¡Y tan seriamente! ¿Tú no has dicho que te casabas á la fuerza porque no quieres á tu novia?...
Cor. ¡Silencio!
Cap. ¡No!... ¡No te preocupes!... A tu novia le sucede lo mismo.
Cor. ¿Cómo?
Cap. Sí. Que está enamorada de otro y que se casa contigo á la fuerza.
Cor. ¡Eso es mentira!
Cap. ¡Ah! Vamos. Ahora te molesta saber que tu novia no te quiere... cuando tú no la quieres á ella. ¡Así sois los hombres!
Cor. Escúchame. ¡Se me está ocurriendo una locura, una barbaridad!...
Cap. La adivino. ¡Quieres que huyamos de aquí!
Cor. ¿Por qué no? Aun podemos ser felices. Resucitaremos los recuerdos de otros días. ¿Tú me serás fiel?
Cap. (Muy seria.) ¡Mi conducta pasada es una garantía para el porvenir!
Cor. ¡Pues vaya una garantía!
Cap. En fin, haré lo posible. Pero ¿cómo justificar tu conducta? La novia esperando; los invitados aquí; el traje de boda que acaba de llegar...
Cor. No importa... Mejor... Abajo tengo un automóvil; ponte un gabán y un sombrero y huyamos.
Cap. (Decidiéndose después de vacilar un instante.) Sea. Pero ¿no me abandonarás como la otra vez?
Cor. ¡No! ¡Te lo juro!
Cap. ¿Y me pagarás la casa?
Cor. ¡Naturalmente!
Cap. Pues voy á vestirme y vuelvo en seguida. (Abrazándole.) ¡Ah! ¡Qué alegría! ¿Quién va á querer al general de mi casa?
Cor. Así está bien. En tus labios suenan esas palabras de un modo especial. ¡Clementina no las sabía decir!

Cap. ¡Vamos á ser felices! ¡Nos vamos á querer como unos locos! (Repitiendo el mismo juego de antes y haciendo mutis por la izquierda.) ¡Sube aquí y verás París!

ESCENA XV

CORIÑÓN; luego GABRIELA por la izquierda, gritando despavorida

Cor. Sea lo que Dios quiera. Me juego el todo por el todo, pero casarse sin amor es cometer un crimen. ¡Quién sabe si la Providencia misma ha puesto á esta mujer en mi camino para evitar una desgracia irreparable!

Gab. (Sale asustada.) ¡Ay!... señor oficial. ¿No sabe usted lo que acaba de pasarme?...(Desencajada, lívida, yendo de un lado para otro con gran agitación.)

Cor. (Sorprendido y queriendo marcharse.) No... no señora... Y lo siento mucho, pero...

Gab. (Cortándole el paso.) ¡Ah!... Figúrese usted que he entrado en una habitación y se ha cerrado la puerta sola... ¡y dando dos vueltas á la llave!...

Cor. ¡Señora... yo!...

Gab. Sí, señor. ¡La llave ha dado las dos vueltas sola! He gritado y nadie me hace caso. ¡Oh!.. ¡Y el general asegura que no hay fantasmas en el castillo, pero yo creo que sí!

Cor. (Desesperado.) ¡Señora!... ¡á los pies de usted! (Vase por el foro corriendo.)

Gab. (Sorprendida.) ¿Eh?... Parece que á este militar no le interesa lo que me ha sucedido. ¡No, pues indudablemente en este castillo andan espíritus!

ESCENA XVI

GABRIELA, PETIPÓN. Después CORIÑÓN y CAPRICHO. Más tarde CLEMENTINA, el GENERAL, el PREFECTO, las SEÑORAS VIDO-

BAN, MONTCHARMONT, ROSIÑOL, LAVIRET, PUAN, DUPUY, etcétera. El ABATE, CHAMEROT, PANDILLAC, INVITADAS, INVITADOS y CORO GENERAL

Petip. (Por la derecha. Reparando en su mujer.) ¡Ah! La han abierto!... ¡Y yo que la había encerrado con llave!... (Sin ser visto por Gabriela llega al sitio donde está la llave de la luz y apaga completamente la escena. Efecto de luna en el foro, sobre el jardín. Un poco de misterio y fantasía en la composición del cuadro.)

Gab. (Aterrada y lanzando un grito.) ¡Jesús!... ¡La luz se apaga sola!... (Música en la orquesta. Petipón, recatándose y de puntillas, va á esconderse detrás del piano pero tropieza y cae de bruces sobre las teclas que producen un sonido bronco. En este momento cruzan la terraza, de izquierda á derecha, los invitados que, cogidos de las manos y á todo correr, van bailando la Farandola. Gabriela, asustadísima, exclama:) ¡Los fantasmas!... ¡Los fántasmas!...

Petip. (Que se ha dado cuenta de lo que sucede y se decide á explotar el terror supersticioso de Gabriela. Imitando la voz de Capricho en la aparición del primer acto.) ¡Gabriela!... ¡Gabriela!...

Gab. ¿Qué oigo?... ¡El arcángel!... ¡Sí! ¡El es!... (Atraviesa la escena, de derecha á izquierda, un criado llevando en alto un maniquí con un traje de novia y un velo blanco flotante. Gabriela, al verlo, cae de rodillas y junta las manos exclamando como alucinada:) ¡Oh, el arcángel!... ¡El arcángel!... (El criado, sin verla, desaparece por la izquierda con el maniquí.)

Petip. (Desde el piano.) ¡Gabriela!... ¡Yo soy tu ángel bueno!... Escucha mi voz y sigue mi consejo...

Gab. (De rodillas. Temblando.) ¡Sí!... ¡Habla, divino arcángel!...

Petip. (Siempre fingiendo la voz.) Huye de este castillo embrujado tú que estás en gracia de Dios. Huye sin volver la vista...

Gab. ¡Sí!... ¡Sí!...

Petip. Regresa á tu casa sin equipaje... sin nada... á pie .. Por la carretera... Como puedas...

Música

Petip. ¡Vete ya!...

Gab. Es su voz. Yo no podré
ni hablar.

Petip. (Hablado sobre la orquesta.) Es la voluntad del cielo que salgas de aquí al instante.

Gab. (Cantado.) ¡Oh, sí!
¡Cuanto ordenes haré!
¡Tú mi guía serás!
(Cruzan de nuevo la terraza los de la Farandola, pero en dirección contraria que antes. Desaparecen por la izquierda. Cuídese mucho todo esto para qne salga muy á tiempo y produzca el efecto que debe producir. Gabriela exclama con mayor terror cada vez.) ¡Dios mío, los fantasmas!... ¡Vuelven los fantasmas!...

Petip. (Hablado sobre la música.) ¡Huye de aquí, Gabriela! ¡Huye sin volver la vista atrás!...

Gab. (Cantado.) Angel
de celestial bondad,
yo haré sumisa
tu voluntad.

—

Petip. ¡Gabriela!...
¡Gabriela!...
Yo el ángel soy que por tí velo
desde el cielo,
desde el cielo.
Y que partir te ordeno cuanto antes,
sin demora
y al instante,
si no, te vas á condenar.

Gab. (Huyendo por el foro.)
¡Adiós!...
¡Adiós!...

Petip. ¡Salvada estás!
(Sale de su escondite.)
Ya tranquilo me dejó.
¡Se va!...
¡El ángel me libró!
(Vase Petipón por el fondo izquierda.)

—

(Pausa musical. Aparece Coriñón por la terraza y avanza hasta entrar en escena.)

Cor. (Sorprendido. Hablado sobre la música.) ¡A obscuras!... ¿Quién ha apagado la luz? ¿Habrá sido esa loca que dice que ve fantasmas? (Va donde está la llave y enciende la luz.) No hay tiempo que perder... He escrito la carta para el general, rompiendo la boda, y he dejado el encargo de que se la entreguen cuando estemos lejos... (Impaciente.) ¡Pero esta mujer que no sale!... (Se acerca á la primera puerta de la izquierda y canta.)

El auto nos espera,
¡no vaciles más!...
¡Sal ya, Capricho!
¡Si estás, sal pronto!

Cap. (Saliendo.)

¡Aquí me tienes ya!

(Va con un «cubre-polvo» de viaje y un velo gris. En la mano lleva unas gafas negras de automovilista que se pondrá á su debido tiempo.)

Los dos (Abrazados.)

¡Oh, amor, que nuevas flores
me ofreces seductor!...

Cor. ¡Amor de mis amores!...

Cap. ¡Qué hermoso es el amor!

—

Ensueño de pasión de un día
en que el amor sus blancas alas batió,
canción de alegría,
gloriosa armonía,
que eterna creía
mi corazón.

Los dos Y vimos que un día
desaparecía
envuelta en las nieblas
de la ilusión.

—

Coro (Dentro.)

¿Y ese novio, dónde está?
¡Vamos pronto por él!

Cor. (Alarmado.)

¡Dios mío! .. ¡Que vienen!...

Cap. ¡Pues á mí no me ven!

(Se pone rápidamente las gafas y se echa el velo hacia la cara.)

Coro (Apareciendo en la terraza. Con los invitados vienen Clementina y el General.)

Debe con todas bailar
y con la novia también.
Toda la noche
la hemos pasado sin él.

Cor. (A Capricho.)

¡Atiza! ¡El General!

Cap. (Casi hablado.)

¡Tu suegro!... ¡Nos reventó!

Cor. ¡Algo hay que hacer para escapar!

Cap. ¡Nadie conoce que soy yo!...
¡Puedo muy bien por tu tía pasar!...
¡Preséntame sin vacilar!

Gen. (Desde el foro.)

¿Quién diablos va
con Coriñón?

(A Coriñón.)

¿Qué hace usted aquí?

Cor. (Por Capricho, que se apoya en su brazo y finge andar con paso vacilante.)

Ya ve usted,
¡no puede andar sin mí!...

Gen. Esta señora...

Cor. Pues esta es... Mi tía.

Todos ¡Su tía!...

—

Cap. (Fingiendo la voz.)

Yo soy su tía la ancianita,
pero es muy breve mi visita...

(Á Clementina.)

Yo no podré
vuestra boda presenciar,
porque ya veis
mi mucha edad...

Cor. Ustedes la perdonarán,
¿verdad?
Su edad la impide pernoctar aquí.
Vino un instante y el auto la espera.
¡Si está más tiempo podrá sufrir!...

Cap. ¡Ay, no! ¡Ay, no!...
¡no me puedo quedar!...

Los dos (Aparte.)

Hay que hacer por salir
sin tardar.

—

Coro Lamentamos que se vaya
y en la boda falte usted.
Lamentamos que su ausencia
nos prive de un placer.

Todos ¡Eso es! ¡Eso es!

Gen. ¡Quédese!

Cor. No puede ser.

Coro ¡Eso es! ¡Eso es!

Gen. ¡Quédese!

Cor. No puede ser.

Cap. ¡No puede ser!...

—

Cor. (Despidiéndose.)
¡Adiós, Clementina!
¡Yo aquí volveré!...

Clem. (A Capricho.)
¡Oh, tía! ¡Tía!...
¡Deme su bendición
para que dichosa
sea nuestra unión!

Coro ¡Tía, tía,
dele usté á Clementina
su bendición!

(Capricho la bendice burlescamente y luego, encorvada, vacilante, como una anciana de ochenta años, se pone en marcha apoyada en el brazo de Coriñón y ambos van saliendo por el foro muy lentamente.)

Clem. (Despidiéndola.)
Adiós, adiós,
¡oh, santa mujer!

Todos Con gran respeto deseámosla
que un buen viaje la acompañe á usted.
¡Adiós, señora!
¡Felicidad!

Clem. (Desde el foro.)
Adiós, adiós.
Pronto á verla iré.
(Volviendo á escena.)
¡Es una gran señora!

Gen. ¡Es una gran señora!

Clem. Y ahora, á bailar.

Todos ¡A bailar!

Clem. Sigan todos con atención
las figuras del cotillón.

Todos ¡Eso es! ¡El cotillón!

Clem. ¡Venga el cotillón!
Todos ¡Venga el cotillón!...

(Los invitados se dividen en dos grupos que se acercan á los segundos términos de derecha é izquierda y allí, ayudados por varios criados, se colocan las bandas, las cruces y los gorros extravagantes que se emplean en los cotillones. Fórmanse las parejas y bajan ambos grupos al son de la música. Los señores Directores cuidarán mucho todos estos detalles, así como la postura en escena del cotillón que debe ser de gran efecto.)

Prosiga alegre la fiesta
y disfrutemos del placer,
de mirar y de adorar
los encantos de la mujer.
Que sea nuestra alegría
canto de amor y de pasión,
y esperemos el nuevo día
mientras bailamos el cotillón.

(Evolucionan.)

Unos Bailad el raudo cotillón.
Coro ¡Cotillón!
Otros Que es galante y coquetón.
Coro ¡Coquetón!
Todos Y al bailar
se luce mucho el pie
y algo más
que, al pronto, no se ve.
Unos ¡Qué deliciosa sensación!
Coro ¡Sensación!
Unos ¡Nos produce el cotillón!
Coro ¡Cotillón!
Todos Siempre así,
sin reparar quién va detrás
porque pierde usté el compás.

(Siguen evolucionando al compás de la música. De lo alto cae una lluvia de cintas de colores que llena la escena quedando á una altura de metro y medio del suelo. Estas cintas, que deben ser muchas, pues en el teatro de la Zarzuela se emplean siete varales con más de trescientas cintas en cada varal, no deben permanecer quietas sino con un ligero movimiento alternativo de abajo á arriba ó de derecha á izquierda para evitar la monotonía de la inmovilidad. Al mismo tiem-

po, procúrese ir cambiando la tonalidad de luz del escenario, que unas veces será violeta, otras verde, roja, amarilla, etc., etc., para el mayor efecto fantástico del baile.)

Unos

Bailemos el cotillón
que es baile muy coquetón,
y noble y severo,
produce en las almas
dulcísima sensación.

Todos

A vueltas por el salón
alegre va el cotillón,
llenando con notas brillantes
de amor y alegría
mi corazón.

—

¡Bailemos el cotillón,
que es baile muy coquetón,
y noble y severo,
nos produce una grata emoción!
¡Oh, gentil cotillón!
¡Cotillón!...

(Cuadro. Clementina, en alto, en el centro de la escena. Los demás, unos en pie, otros rodilla en tierra, etcétera, se agrupan á su alrededor artísticamente. Una deslumbradora claridad de luz blanca envuelve la escena. Fuerte en la orquesta y telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero. Es de día

ESCENA PRIMERA

GABRIELA y ALBERTO. Gabriela llega apresuradamente y en traje de viaje

Gab. ¿De modo que mi marido no se encuentra en casa?

Alb. El señor salió esta mañana muy temprano. ¿Quiere algo más la señora?

Gab. No; puedes retirarte. (Vase Alberto.) ¡Ah! qué ajeno estará Petipón de todo lo que me ha sucedido en este maldito viaje... Yo no debí ir nunca á ese castillo embrujado, y si no hubiera sido por el buen arcángel que me avisó, ¡sabe Dios! ¡sabe Dios lo que me hubiera ocurrido esta noche!

Alb. (Entrando con una tarjeta en la mano.) ¡Señora!... Una visita.

Gab. No quiero ver á nadie... no recibo á nadie... Necesito descansar... Diga usted que no estoy visible.

Alb. Perfectamente. (Vase)

Gab. Pues ¡vaya un momento para recibir visitas!... ¡Qué inoportunidad! (Mutis por la izquierda.)

ESCENA II

RENÉ y ALBERTO

Alb. (Dentro.) Le digo á usted que no está visible.

René (Idem.) Pues yo le digo á usted que me dijo que viniese.

Alb. ¡Pero caballero!...

René (Entra en escena muy estirado y compuesto, con un gran ramo de flores en la mano.) ¡Ea, déjeme en paz y pásele mi tarjeta! No sea usted terco.

Alb. Es que la señora acaba de llegar de viaje.

René ¡No importa!... Dígale que está aquí el duque de Valmonte

Alb. (Asombrado.) ¿El duque de...?

Reeé Valmonte. Yo sé que la señora me espera.

Alb. Le aseguro á usted que me ha dicho que no estaba para nadie

René ¿Lo ve usted? Eso quiere decir que me espera.

Alb. ¿Eh?

René Tome usted. (Le da un duro.)

Alb. ¡Ah! Gracias (Aparte.) Estos grandes señores qué valor dan á sus palabras. (Alto.) En fin... insistiré. Diré á la señora que se trata de un asunto urgente. (Vase por la izquierda.)

René Eso es... (René se acerca al espejo, se mira, se compone, se arregla la corbata, se atusa el pelo, etc.) Yo creo que no estoy mal. Sin embargo, la emoción no me deja hablar... ¡Oh, es horrible!... ¿Por qué seré tan corto?

Música

Si sus promesas no olvidó
mi gentil enamorada,
no me sabrá decir que no
y no podrá negarme nada.
Yo ..
Yo...
yo sé que la quiero
Yo...
Yo...

yo traigo dinero,
que en el amor
es lo primero.
No...
No...
No debo azorarme.
No...
No...
No pienso callarme,
porque sé que su amor lograré.
El día que me vió
loquita se volvió,
y si ahora vuelve á verme
no podrá decir que no.
(Con mucha petulancia y haciendo cuanto indica, como si la dama en cuestión estuviera presente.)
Y yo exclamaré
mientras beso su mano:
¡Oh, mujer ideal!
¡Oh, belleza gentil!
Concédeme el don
de tu amor soberano,
¡capullo de rosa de Abril!...
Tu amor concédeme,
que es toda mi ilusión,
y acepta este *buqué*
¡por compasión!
Con él mi vida va
y á solas te dirá:
¡Ah!...
Que el perfume de estas flores,
tan embriagador,
si sufres tú de mal de amores
calmará tu amor.
¡Ah!..
Y si hastiada de las flores
quieres un hotel,
por un hotel no te acalores...
¡cuenta ya con él!

ESCENA III

GABRIELA. RENÉ y ALBERTO

Hablado

Alb. (Dentro.) Creo que se trata de un asunto urgente.

René ¡Ah! Aquí viene. (Vuélvese hacia Gabriela y hace un gesto.) ¿Cómo? ¿La loca?

Gab. ¿El duque de Valmonte?

René ¡Señora! (Vase Alberto.)

Gab. Usted estaba ayer en la fiesta del general, ¿no es cierto?

René Sí, señora. Y allí tuve el honor de conocer á usted. (Se sientan. René no abandona nunca el bouquet.) Y la. . la... (Mirando á todos lados.)

Gab. ¿Quién?...

René La... la esposa del doctor... ¿está bien?

Gab. (Remedándole.) ¿La... la esposa? ¡Ah! si... no está mal... Mil gracias; un poco fatigada del viaje...

René ¡Ah! Pero, ¿no está enferma, verdad?

Gab. ¿Quién?

René La .. la esposa del doctor...

Gab. Ah... la... No, no. (Aparte.) ¡Qué modo de hablar tan raro tienen estos aristócratas de provincias!

René ¡Vaya! ¡vaya! (Pausa. Se miran, no se dicen nada. Gabriela cree que las flores son para ella y hace un gesto como para tender la mano. René cambia el ramo de mano.)

Gab. Perdone, caballero, pero yo tengo muchas cosas que hacer y...

René ¡Ah! Pues por mí no se moleste usted... Haga todo lo que le parezca...

Gab. No, no, no quiero decir eso. Es que solo puedo conceder á usted unos instantes.

René Bien, bien... Muchas gracias. (Nueva pausa.)

Gab. Son bonitas esas flores. (Hace ademán de cogerlas de nuevo.)

René (Las retira.) Sí... muy bonitas. (Transición.) Qué fiesta tan agradable la del general, ¿verdad?

Gab. Sí, sí, muy agradable... Lástima que se haya

deshecho la boda de la sobrina. Bien es verdad que ella no estaba enamorada del novio... según dicen.

René (Mirando á todas partes.) Y no viene.

Gab. (Pausa.) Pues usted me dirá...

René ¿Eh?...No, nada... señora... Yo no digo nada...

Gab. El criado me avisó que se trataba de una cosa muy urgente.

René ¡Ah! Ya lo creo...

Gab. Hable usted entonces...

René ¿Yo? ¡Ah! No, señora, no... No puedo decir nada...

Gab. ¿Cómo?

René ¡Quiá!... Hablaremos de lo que usted quiera, pero de ningún modo del objeto de mi visita...

Gab. (Aparte.) ¡Pues señor... no lo entiendo. (En voz alta.) Pero, entonces, ¿á qué ha venido usted?

René ¡Ah!... Ese es mi secreto...

Gab. ¡Su secreto! (Con asombro.)

René ¡Ya lo creo! Pero el tiempo pasa y yo no quiero molestar á usted... (Se levanta.) Volveré más tarde... ¡Eso es, más tarde!... Adiós, señora... (Aparte.) ¡A cualquier hora le cuento yo nada para que luego sirva de murmuración! (Vase enfáticamente llevándose el bouquet. Al llegar á la segunda de la derecha se vuelve y se inclina ceremonioso.) A los pies de usted. (Mutis.)

Gab. (Muy asombrada.) Pero... ¡este muchacho está loco!... Me anuncia que tiene que hablarme de un asunto urgente y luego dice que es un secreto... ¡Vamos! En aquel castillo las gentes no andan bien de la cabeza.

ESCENA IV

GABRIELA y PETIPÓN por la primera puerta de la derecha

Petip. ¡Ah! ¿Eres tú?...

Gab. ¡Mi marido! Pero, ¿de dónde sales? El criado me ha dicho que no estabas en casa.

Petip. Pues ya ves que sí... Estaba trabajando...

Gab. ¿Ya sabes lo sucedido en el castillo del general?

Petip. No me lo cuentes... El general ha estado aquí y me lo ha referido todo... ¡Ah! ¡qué atrocidad! ¡Estoy consternado todavía!

Gab. (Aterrada todavía.) ¡Ah! ¡Qué cuadro! Los fantasmas paseándose por las habitaciones, apagando las luces, cerrando con llave las puertas, tocando el piano...

Petip. Bueno, bueno. Anda á tu cuarto y descansa y tranquilízate.

ESCENA V

DICHOS y ALBERTO con un ramo de flores y una carta

Alb. Una carta para la señora y un ramo de flores.

Petip. ¿Eh?... ¿Son tus días?

Gab. (Con extrañeza.) ¡Qué raro! ¿Quién me manda esto? (Coge la carta y el ramo.)

Alb. Ese señor que ha estado antes.

Petip. ¿Quién?

Alb. El duque de Valmonte.

Gab. Pero, ¿qué quiere ese chiflado?

Petip. (Alarmado.) ¿El duque?.., (Aparte.) ¡Dios mío, qué nueva complicación traerá!... (En alta voz y cogiendo las flores de manos de Gabriela.) Toma. Tira eso.

Alb. Bueno. (Aparte y llevándose el ramo.) Se lo regalaré á Catalina. (Mutis.)

Petip. (A su mujer.) A ver... Trae que lea esa carta.

Gab. Pero...

Petip. (Arrebatándosela.) Trae. (Pausa. Lee para sí y de pronto exclama exageradamente.) ¡Ah!...

Gab. (Alarmada.) ¿Qué dice?

Petip. (Fingiéndose ofendido y con gran severidad.) Señora... ¡esta es una carta de amor!...

Gab. (Con estupefacción.) ¡De amor!... ¡Pero ese hombre está chiflado!...

Petip. (Leyendo.) «Después de haber escuchado sus frases amantes...»

Gab ¡Mis frases!... ¡Eso es mentira!

Petip. «Escribo estas líneas para anunciarla que volveré deseoso de probarle cuán grande es mi amor... Mil besos...»

Gab. ¡Ah! ¡qué impertinencia!

Petip. (En el mismo tono que empleó Capricho al simular la aparición.) ¡Gabriela!... ¡Gabriela!...

Gab. (Asustada.) ¡Ah!... ¡El arcángel!...

Petip. (Violento.) ¡Qué arcángel, ni qué narices!... (Golpeando la carta.) ¡A tu edad!... ¡Estas locuras!... Y luego ¡pervertir á un joven incauto!... ¡Oh!

Gab. (Muy apurada.) ¡Pervertir! Pero si no he hablado con él más que media docena de palabras...

Petip. (Fingiendo siempre una gran severidad.) ¡Ah! ¡Las palabras! Las palabras son lo de menos... La entonación lo es todo. Tú habrás dicho esas palabras con cierto aire provocativo... con cierta ingenuidad fingida. (Haciendo gestos.) ¡Ah! ¡Cuando no decís nada es cuando soleis decir más cosas las mujeres!

Gab. ¡Petipón, yo te juro!...

Petip. ¡Calla! No hay humo sin fuego.

Gab. Te repito que yo...

Petip. ¡Calla te digo! Quiero creer que lo has hecho inconscientemente... Pero en lo sucesivo... ¡óyelo bien!... te prohibo terminantemente que recibas, ni hables, ni saludes á ese títere... ¡Terminantemente! ¿Me oyes?

Gab. ¡Ah! De eso ya puedes estar seguro...

Petip. Muy bien... ¡Vete! (Aparte y muy satisfecho.) Por este lado me he quitado una complicación de encima.

Gab.. ¡Quién lo había de sospechar!... ¡El duque de Valmonte enamorado de mí! ¡Ah, aquella gente está embrujada, no cabe duda! (Mutis izquierda.)

ESCENA VI

PETIPÓN, luego GENERAL, después CAPRICHO

Petip. (Sentándose.) Ahora veo que tengo bien tomadas mis medidas. Le he dicho al general que perdone á mi mujer su escapatoria con Coriñón y que dentro de dos horas me la llevo á hacer un viaje por Italia. Así me dejará en paz y todo peligro queda conjurado.

Gen. (Dentro.) No, no le avises... No hay necesidad..

Petip. ¡Mi tío! (Pónese en pie rápidamente.)

Gen. (Entrando.) Buenos días, sobrino.

Petip. Muy buenos, tío...

Gen. No me agradecerás nunca bastante lo que estoy haciendo por ti.

Petip. ¿Por mí?

Gen. Sí... En primer lugar, veamos; ¿tú insistes en lo que me has dicho antes?...

Petip. ¿En qué?

Gen. ¿Perdonas á tu mujer?

Petip. ¡Ah! Desde luego... Dentro de dos horas me la llevaré á hacer un viaje por Italia y todo perdonado.

Gen. ¿Palabra de honor?

Petip. Palabra de honor. (Se estrechan las manos.)

Gen. Muy bien. (Sale á la puerta y llama.) ¡Hija mía!... ¡Pasa!

Petip. ¿Eh? ¿A quién llama?

Gen. Ven, pobre criatura inocente y calumniada, ven.

Cap. (Entrando.) ¡Aquí estoy, tío!

Petip. (Dando un salto.) ¡Zambomba! ¿Pero otra vez aquí?

Gen. (A Capricho.) ¡Abrázale!... Tu marido te espera con los brazos abiertos. (A Petipón.) Te puedo asegurar que entre ella y Coriñón no ha habido nada... ¿Lo oyes? ¡Nada absolutamente! (A Capricho y Petipón.) ¡Abrazaos! ¡abrazaos!...

Petip. ¡No!... ¡Que no me abrace! (Huye al otro lado de la escena.)

Gen. Pero...

Petip. ¡Llévatela, hombre! ¡Hazme el favor de llevártela!... Esta mujer es mi ruina.

Cap. ¿Yo?

Gen. ¿Estás loco?

Petip. No estoy loco, no... Es que no quiero verla!... ¡Llévatela!... ¡Te digo que te la lleves!

Cap. ¡Eh! ¡eh! Alto ahí... Yo no necesito que me lleven... ¡Me voy sola!...

Petip. Pues cuanto antes...

Cap. Además yo he venido porque me lo ha suplicado el general y porque creí que viniendo le evitaba á usted un disgusto...

Petip. ¿Sí?... ¡Está usted fresca!

Cap. (Incomodada ya.) ¿Cómo?...

Petip. (Gritando.) ¡Que está usted fresca!...

Gen. (Interviniendo para tranquilizarlos.) ¡Calma! ¡calma! Os queréis demasiado y es natural vuestra excitación. Afortunadamente estoy aquí yo para arreglarlo todo.

Petip. (Burlonamente.) ¡Hombre, eso sí!... Tu lo arreglas todo en seguida!... Bueno, pues procura que yo no vea más á esa mujer, ¿me oyes bien? que no la vea más.

Gen. Pero ven aquí...

Petip. (Encolerizado.) He dicho que no quiero verla. (Furioso.) ¡No, no y no!... ¡Ya lo sabes! (Al salir, da un puñetazo en el respaldo del sillón y queda establecido el contacto y parpadeando la bombilla eléctrica.)

ESCENA VII

GENERAL y CAPRICHO

Cap. (Aparte y después de breve pausa.) ¡La verdad es que no sé qué cara poner delante de este hombre!

Gen. ¿Qué te parece tu marido?

Cap. (Aparte.) ¡Yo debería llorar un poquito ahora!

Gen. ¡Se ha vuelto loco!

Cap. (Echándose en brazos del General, llorando.) ¡Ay, tío!... ¡Tío de mi alma!...

Gen. ¡Eh!... ¿Lloras? ¡Por vida de!...

Cap. (Fingiendo que llora y abrazando al General.) ¡Ah! ¡Qué desgraciada soy!

Gen. ¡Cómo! ¡Llorar tú! ¡Tú que eres un ángel de candor!... ¡De ningún modo! ¡Aguárdame aquí que te voy á traer á mi sobrino de las orejas. ¡Llorar tú! ¡Tú! ¡Lo mato! (Mutis primera puerta derecha.)

ESCENA VIII

CAPRICHO. Después CORIÑÓN por la segunda derecha

Cap. (Llorando amargamente.) No, tío, déjele usted!... (Transición. Con toda naturalidad.) Bueno, la verdad es que he venido á destruir una fami-

lia. Pero ya no tiene remedio. Lo importante ahora es que Coriñón no se arrepienta y me lleve con él á las Colonias. A Tomboctú. ¡Oh, qué hermoso debe ser aquello!

Cor. (Entrando.) ¡Capricho!... ¡Pero mujer!...

Cap. Aquí estoy. No he tenido más remedio que obedecer al general... Se empeñó en traerme...

Cor. También yo quiero verle... Es necesario que le esplique mi conducta.

Cap. Sí, sí.. Ya le verás más tarde (Cariñosa.) Pero ahora dime, ¿de verdad me llevarás contigo?

Cor. No lo dudes.

Cap. ¿A las colonias de Africa? ¿A Tomboctú? (Palmoteando con alegría.) ¡Ay, qué gusto!

Cor. Pero te advierto que vas á aburrirte atroz mente. Allí no hay más que negros.

Cap. (Abrazándole, con coquetería.) Oye, ¿son guapos? ¡Cómo me gustará verlos de cerca!

Cor. Y además hace mucho calor.

Cap. Mejor. Me vestiré á la usanza del país.

Cor. (Rápidamente.) ¡No!... ¡Eso sí que no!

Cap. ¿Por qué?

Cor. Porque allí no gastan más ropa que un velo de muselina y lo llevan como corbata.

Cap. ¡Delicioso! ¡Deliciosísimo! ¡Vamos á Tomboctú!

Música

Cap. Anda
que tu novia te lo...

Cor. Manda.
Y me está diciendo: ¡Cógeme!
¡Llévame!
Ya que tú...

Cap. Ya que tú
me hablas de Tomboctú.

Cor. Aquello
es del mundo lo más...

Cap. Bello.
Es la copia de un jardín de amor,
adormecedor,
donde van
como el padre Adán

y, además, el ser zulú
es un honor
en Tomboctú.

Los dos ¡Tomboctú!
¡Tomboctú!
¡Mágico país!

Cor. (Bailado. Pasos de Cake walck.)
Mira cómo bailan
los negritos
cuando van de fiesta.
Porque allí la moda es ésta,
la gran moda.

Cap. La gran moda.

Cor. Y en las recepciones
casi nadie baila cotillones.
Lo elegante.

Cap. Lo brillante.

Los dos Es la danza
dislocante.
(Bailan.)

—

Cap. ¡Pronto!
¡Llévame y no seas...

Cor. Tonto.

Cap. Vamos á esa tierra mágica,
vámonos...

Cor. Ya que tú...

Cap. Ya que tú
me hablas de Tomboctú.

Cor. Tendremos
una lancha y...

Cap. Pescaremos.
Y meciéndome al gentil
vaivén
del tranquilo mar,
¡ya verás qué bien
lo voy á pasar,
si llevarme quieres tú
para vivir
á Tomboctú!

Los dos ¡Tomboctú!
¡Tomboctú!
¡Mágico país!

—

Cor. (Bailado. Como antes.)
Baila como bailan
los negritos
cuando van de fiesta.
Porque allí la moda es ésta
la gran moda.

Cap. La gran moda.

Cor. Y en las recepciones
casi nadie baila cotillones.
Lo elegante.

Cap. Lo brillante.

Los dos Es la danza
dislocante.

(Baile. Con los últimos compases hacen mutis por la segunda puerta de la derecha. Pocos momentos después, vuelve á salir Capricho.)

Hablado

Cap. ¡Nada, nada, á Tomboctú! ¡Es cosa decidida! Allí, por lo menos, no tiene una que ocuparse de la moda. Con tener un par de corbatas de muselina, despachada... ¡Eso sí! Es necesario que Coriñón y yo veamos hoy mismo al general, nos arrojemos á sus plantas, le confesemos todo y alcancemos su perdón... ¡Ah, y lo alcanzaremos! ¡El general es un bendito! Ya quisiera yo que todos los hombres fueran como el gene... (Distraída, se sienta en el sillón y queda rígida, inmóvil, dominada por la corriente eléctrica, sin acabar la frase. Pausa larga.)

ESCENA IX

CAPRICHO dormida en el sillón. Luego ALBERTO y RENÉ. Ábrese la puerta y aparece Alberto anunciando á René que entra con otro ramo de flores

Alb. Pase usted. (Anunciando.) El señor duque de Valmonte... (Se inclina para que pase René y vase cerrando la puerta.)

René (Avanza despacio.) No hay nadie... ¿La veré ahora? Me palpita el corazón como si fuera á saltárseme del pecho. (Viendo á Capricho.) ¡Ah!

¡Ella! ¡Me espera! ¡Sí!... Caeré á sus piés... ¡Ah, señora!... (Se arrodilla al lado de Capricho en postura ridícula, con el bouquet en la mano.) ¡Qué felicidad! Al fin la vuelvo á ver... Desde que tuve la dicha de escuchar sus frases amorosas soy otro hombre.. Yo no sé lo que pasa por mí... sólo sé que la adoro... que no puedo vivir sin usted .. Sin usted... (Transición.) ¿Eh? No me contesta... Pero sonríe. Adelante. (Continuando la declaración.) ¡Ah! no lo dude usted señora... Mi fortuna y mi vida están á sus pies... Permita usted que deposite en su mano un beso... Un beso en prueba del amor que... (La besa la mano é inmediatamente queda dormido en actitud cómica. Pausa.)

ESCENA X

DICHOS, el GENERAL y PETIPÓN

Gen. (Arrastrando á Petipón.) Te digo que sí. Es preciso que hagais las paces.

Petip. ¡Pero tío, por Dios!

Gen. Nada, nada, lo quiero yo... Tu mujer es un ángel de bondad, de inocen... (Vé el grupo de Capricho y René y da un salto.) ¡Eh!... ¿Qué es esto?

Petip. ¡El duque!... ¡Y el sillón en plena actividad! No, no, no es nada. Ahora verás. (Corta la comunicación y se levantan Capricho y René dando vueltas y muy alegres.)

Gen. (Como antes.) ¡Sube aquí y verás París!

René (Cantando.) Spirto gentil... (Aterrado.) ¡Ah! ¡el general!... ¡Socorro!... ¡Socorro!... (Sale corriendo y dando gritos por la segunda derecha.)

Gen. ¡Eh, joven!... ¡Joven!

Petip. ¿Pero qué ha pasado? ¿Qué hacía aquí el duque?...

Cap. (Frotándose los ojos como si despertase de un sueño.) No sé. Yo me he debido dormir... Estoy atontada.

ESCENA XI

DICHOS y GABRIELA, por la izquierda

Gab. Pero ¿qué ruído es este?... ¿qué sucede?

Petip. (¡Adiós!)

Gen. (¡La loca!)

Gab. (Fijándose en Capricho.) ¡Cómo! ¡Tú aquí! ¡Ah, qué sorpresa! (La abraza y se besan efusivamente.)

Petip. (Estupefacto.) ¿Cómo?...

Gab. ¿No la conocías? La mujer del general.. Nuestra tía... (Abrazando de nuevo á Capricho.) ¡Querida tía!...

Petip. (¡Oh! ¡no acabaremos nunca!)

Gen. (Aparte y asombradísimo.) ¡Mi mujer!... Esta señora tiene la manía del parentesco... (Nervioso, á Petipón.) Pero ¿por qué no la encierra su marido?

Petip. (Desesperado y gritando.) ¡Yo qué sé!...

Gab. ¡Cuánto te agradezco que hayas venido!... Estarás cansada... Te prepararemos una habitación.

Petip. (Aparte y por Capricho.) ¡Pero cuándo me veré libre de esta mujer!

Cap. No, no, si no estoy cansada.

Gab. No importa... Tú te instalas aquí con nosotros. ¡Vaya, no faltaba más!

Gen. (Encarándose con Gabriela.) ¡Bueno, bueno, señora! ¡Basta ya!

Gab. (Sorprendida.) ¡Cómo, general!... ¿No quiere usted?

Gen. (Furioso.) ¡Ea, se me acabó la paciencia!... Usted puede ir á disponer á su casa.

Petip. (Aterrado.) ¡La catástrofe!

Gab. (Al General. Cada vez más asombrada.) ¡Cómo!...

Gen. He dicho que esto se ha concluído. Usted no manda aquí más. ¡Váyase usted á su casa ó á un manicomio!

Cab. ¿A un manicomio yo? (A Petipón.) Pero ¿oyes esto?

Petip. ¿Eh? ¡No! ¡No!... Es decir... sí! ¡Es una broma del general!

Gen. ¡Yo no bromeo! ¡Digo que no aguanto más á esta vieja loca!

Gab. ¿Yo vieja loca? ¿Yo? ¡¡Grosero!!.. (Le da una bofetada.)

Cap. (Riendo.) ¡Atiza! ¡Sube aquí y verás París! (Vase corriendo.)

Gen. (Fuera de sí.) ¡Cómo se entiende!... ¡Abofetear al general Petipón! ¡Rayos y truenos!

Petip. (A Gabriela.) Pero ¿qué has hecho?

Gab. (Queriendo arañar al General.) ¿Yo vieja?... ¿Yo?

Gen. ¡Ah! ¡Si no fuera porque es usted una mujer!...

ESCENA XII

DICHOS y MONTRICUR, que llega muy sonriente por la segunda de la derecha. Después ALBERTO

Mont. Buenas tardes, señores.

Gen. ¡Ah!... ¡El marido! ¡Tome usted! (Le da una bofetada. Gran barullo y algazara. Todos gritan.)

Mont. Pero ¿qué es esto? ¡A mí!

Petip. ¡Por Dios! ¡Calma!

Gen. ¡Nos batiremos! ¡Le mataré á usted! ¡Usted es responsable de las locuras de su mujer! (Amenazador.)

Mont. ¡Mi mujer! .. ¡General!... ¡Caballero!

Petip. ¡Calma por Dios! ¡Mucha calma!... ¡Gabriela, déjanos!

Gab. ¡No me dá la gana!

Mont. (A Petipón.) ¡Si hubieras recibido tú la bofetada!

Gen. (A Montricur.) ¡Pronto!... ¡Nombre usted padrinos!... No me iré de aquí sin haber dejado este asunto listo. (Se sienta en el sillón.)

Mont. General está usted equivocado. Yo voy á decir la verdad

Petip. (Aterrado.) ¡Desgraciado! ¿Qué vas á hacer?

Mont. ¡Decirlo todo! El general no sabe...

Petip. No, no digas nada. ¡No te oirá!

Mont. ¿Que no?.. Pues ¿qué vas á hacer para impedirlo?

Petip. ¿Qué voy á hacer?... Esto. (Va al sillón, oprime el botón eléctrico y quedan inmóviles los dos. El general sentado. Petipón en pié á su lado y cogido de la mano del general.)

Mont. ¡Justo castigo!

Gab. ¿Pero qué es ello? ¡Hable usted!

Mont. ¡Señora!.. ¡Su marido la engaña!

Gab. ¿Qué dice usted?

Mont. ¡Ha presentado á esa mujer como si fuera su esposa en casa del general y ha dicho que yo era el marido de usted!

Gab. (Asombrada) ¡Qué horror!... De manera que la que yo pensaba que era mi tía...

Mont. ¡No está mala tía!

Alb. (Por la derecha.) ¡Señor, esta carta que acaban de traer!...

(Mientras hablan animadamente Montricur y Gabriela, Alberto entra y se dirige á Petipón. Al ver que no le contesta se acerca y alza la voz,)

Gab. ¡Ah, infame ¡Miserable! (Queriendo abalanzarse sobre su marido.)

Mont. ¡No, no se acerque usted! ¡Se la comunicará el flúido!

Gab. ¡Es verdad!

Alb. (Por Petipón.) No responde.

Gab. Tiene usted razón. Será mejor que me vaya. ¡Sí; me divorciaré!

Alb. (A Petipón.) ¡Señor!.., ¡Señor! (Le toca en un hombro y recibe la sacudida de la corriente eléctrica. La bandeja en que lleva la carta rueda con estrépito y Alberto queda inmóvil, junto á su amo, en actitud ridícula.)

Mont. Es lo más práctico.

Gab. Le reclamaré mi dote... ¡Sí, sí!... Ahora mismo cojo mi sombrero y me voy. Usted me acompañará.

Mont. ¡Yo!

Gab. ¡Infame!... ¡Vuelvo en seguida! (Vase furiosa.)

Mont. ¡Señora! .. ¡Oiga usted!... ¡Pero, señora!... (Mutis detrás de Gabriela.)

ESCENA XIII

DICHOS. CAPRICHO y CORIÑÓN, por la derecha

Cor. Ven; este es el momento. Nos arrojaremos á los pies del general y le pedirémos perdón.

Cap. Mira que debe estar furioso.

Cor. ¡No importa!.... ¡Ven!... ¡Allí están! (Humildemente, sin levantar los ojos del suelo, se acercan al

general cogidos de la mano, se arrodillan y, al pedirle perdón, Coriñón pone una mano sobre el brazo del general. Inmediatamente quedan dormidos é inmóviles Capricho y Coriñón formando un grupo todos.)

Cor. ¡General! ¡Perdónenos usted, mi general!..

Cap. ¡Usted es bueno y generoso!

Cor. Nos queríamos hace mucho tiempo. ¡Diga usted una palabra, una sola, mi general! ¡Mi gene!... (Pone la mano sobre el brazo del General y quedan inmóviles, en actitud muy cómica.)

ESCENA XIV

DICHOS y MONTRICUR

Mont. Nada, que está decidida. (Reparando en la inmovilidad de los demás personajes y dando un salto.) ¿Eh?... La corriente se ha comunicado á todos... ¡Pero aquí se va quedando inmóvil todo el mundo!... ¡Eh! Arriba. (Oprime el botón y todos despiertan, diciendo cada cual una frase al mismo tiempo. Gran confusión.)

Petip. En la Martiní, Martiní... (Bailando y cantando.)

Alb. (Abrazando á Petipón.) ¡Ay, Catalina de mi alma!...

Petip. ¡Canastos! (Rechaza indignado á Alberto.)

Gen. (Cantando.) *Vorrei morire...*

Cap.
Cor. } (A un tiempo.) *¡Tomboctú!... ¡Tomboctú!...*

Mont. ¡Qué escándalo!

Petip. Pero, ¿qué ocurre?

Cap. ¿Dónde estoy?

Gen. ¿Qué ha pasado?

Cor. ¿Qué hay?

Alb. ¿Quién me ha llamado? (Vase izquierda.)

Mont. Tu mujer lo sabe todo. (A Petipón.)

Petip. ¡Ah! ¡Canalla! ¡Mal amigo!...

Gen. ¿Qué hace usted con mi sobrina? (A Coriñón.)

Cor. ¡General, venimos á pedir perdón!

Cap. ¡Sí, general! Yo no soy la esposa del doctor... ¡Soy la prometida del teniente Coriñón!

Petip. (Aterrado.) ¡Castillo final!

Gen. Pero, ¿no es tu mujer?

Petip. No, querido tío... Mi mujer es la otra.

Gen. ¿Cuál?

Petip. La... la de la bofetada.

Gen. ¿La de la bofetada?... ¿Entonces no es la mujer de usted? (Á Montricur.)

Mont. No, señor.

Gen. Caballero... (Montricur retrocede asustado. El General le tiende su mano.) Perdóneme usted. Queda retirada la ofensa.

Mont. Sí, sí... Lo que no puede retirarse es la bofetada.

Gen. No tiene usted más que hacerla llegar á su verdadero destinatario.

Mont. Es verdad. ¿Has oído, Petipón?

Petip. ¿Qué?

Mont. La bofetada no era para mí... La recibí en comisión. ¡Tómala! (Le da una bofetada.)

Petip. ¡Ah!... (Medio atontádo por el golpe.)

Mont. ¡Y ahora en paz! (Le estrecha la mano.)

Gen. Eso es, en paz. Y vosotros á contraer matrimonio y á Africa.

Cap. ¡Ay, qué gusto! ¡Voy á ver á los negros!

ESCENA ULTIMA

DICHOS, ALBERTO y GABRIELA

Gab. (Dentro.) Recoja usted todo lo que me pertenece, Alberto...

Petip. (Aterrado.) ¡Mi mujer!... (Huyendo.)

Gen. ¡La loca! ¡Abofetear al general Petipón!

Gab. Me voy de esta casa para pedir el divorcio

Petip. ¡Defendedme!.. ¡Ah, sí! ¡Es una idea! (Se acerca al sillón, oprime el resorte y se sienta, quedando inmóvil, en una postura cómica.)

Mont. ¡Señora!

Gab. No me convencerán ustedes... Me voy... ¿Dónde está el miserable? (Le vé y quiere abalanzarse sobre él.)

Mont. ¿Qué vá usted á hacer?

Gab. Es verdad... Pero aguarde usted... Aquí están los guantes aisladores. (Coge los guantes y se los pone.) Con esto no hay miedo al contacto.

Cap. ¿Qué vá á hacer?

Gen. ¡Está loca!

Gab. (Á Petipón.) ¿Conque de juerga? ¡Toma! (Le dá una bofetada.) ¿Conque de borrachera? ¡Toma! (Otro golpe.) ¿Conque con mujeres bribonas? ¡Toma! (Petipón, dormido, recibe las bofetadas con una sonrisa estúpida. Los demás le miran y ríen.)

Música

Cap. (Al público.)
Muchos hombres ya me han dicho
que soy un capricho.
Un capricho y un juguete
que les compromete.

Gen.
Cor.
Mont. (Idem.)
Si es verdad que se lo han dicho
comprendo el capricho,
como ustedes lo verán
y lo comprenderán.

(Fuerte en la orquesta. Gabriela continúa golpeando á Petipón.—Telón rápido.)

FIN DE LA OBRA

OBRAS DE RAMON ASENSIO MAS

La afrancesada, opereta en un acto y en prosa, original, en colaboración con Miguel Chapí, música del maestro Vicente Zurrón.

El tirador de palomas, zarzuela dramática en un acto, dividido en cinco cuadros, en prosa y verso, original, en colaboración con Carlos Fernández Shaw, música del maestro Amadeo Vives.

Las grandes cortesanas, opereta en un acto, dividido en cuatro cuadros y un intermedio, original y en prosa, en colaboración con Carlos Fernández Shaw, música del maestro Valverde (hijo).

El puñao de rosas, zarzuela de costumbres andaluzas en un acto, dividido en tres cuadros, original y en prosa, en colaboración con Carlos Arniches, música del maestro Ruperto Chapí.

Viva Córdoba!, sainete lírico en un acto, dividido en tres cuadros y un intermedio, en prosa y verso, original, en colaboración con Carlos Fernández Shaw, música del maestro Valverde (hijo).

Recuerdos del tiempo viejo, diálogo en prosa, original.

El pelotón de los torpes, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, original y en prosa, en colaboración con Paso, música de los maestros Rubio y Serrano.

La torería, sainete lírico en un acto, dividido en tres cuadros y dos intermedios musicales, en prosa, original, en colaboración con Paso, música del maestro Serrano.

Género chico, humorada en un acto, dividido en cinco cuadros y dos intermedios, en prosa y verso, original, en colaboración con José Juan Cadenas, música de los maestros Chapí y Valverde (hijo).

Lluvia menuda, diálogo en verso, original.

La tragedia de Pierrot, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en verso, original y en colaboración con José Juan Cadenas, música del maestro Ruperto Chapí.

La noche del Pilar, zarzuela en un acto, dividido en tres

cuadros, en prosa y verso, original, música del maestro Cassadó.

La edad de hierro, pasatiempo cómico-lírico en un acto, dividido en cuatro cuadros, en prosa, original y en colaboración con Carlos Arniches y Enrique García Alvarez, música de los maestros Hermoso y García Alvarez.

La antorcha de himeneo, humorada en un acto, dividido en cinco cuadros, en prosa, original y en colaboración con Francisco de Torres, música del maestro Giménez.

La eterna revista, humorada lírica en un acto, dividido en cuatro cuadros, original y en colaboración con Jacinto Capella, música de los maestros Chapí y Giménez.

El trust de las mujeres, humorada en un acto, dividido en tres cuadros, original y en colaboración con Jacinto Capella, música del maestro Giménez.

El Garrotín, entremés en prosa, original y en colaboración con Jacinto Capella, música del maestro Foglieti.

Los dos rivales, zarzuela dramática en un acto, dividido en cuatro cuadros, en prosa y verso, original y en colaboración con Jacinto Capella, música del maestro Giménez.

La tribu gitana, farsa lírica en un acto, dividido en cuatro cuadros, en prosa, original y en colaboración con Paso, música del maestro Mariani.

Biscuit-Glacé, entremés lírico-bailable, original y en colaboración con Jacinto Capella, música del maestro Foglietti.

Tropa ligera, zarzuela en un acto, dividido en cuatro cuadros, en prosa y verso (continuación de *Los granujas),* original y en colaboración con José Jackson Veyán, música del maestro Saco del Valle.

Abanicos japoneses, humorada en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, original, música del maestro Calleja.

La pajarera nacional, revista cómico lírico-volátil en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa y verso, original y en colaboración con Joaquín González Pastor, música de los maestros Foglietti y Córdoba.

El Dios del Exito, fantasía cómico-lírico-dramática en un acto, dividido en seis cuadros, en prosa y verso, original y en colaboración con Joaquín González Pastor, música del maestro Rafael Calleja.

Las romanas caprichosas, opereta bufa en un acto, dividido en tres cuadros, en colaboración con José López Silva, música del maestro Manuel Penella.

El género alegre, humorada lírico-fantástica en un acto, dividido en un prólogo y cinco cuadros, original, en colaboración con Carlos Arniches, música de los maestros Penella y García Alvarez.

La Romerito, comedia lírica en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, original, música de los maestros Calleja y Luna.

Los juglares, poema escénico en dos actos, divididos en siete cuadros, en verso, original, en colaboración con Carlos Fernández Shaw, música del maestro Giménez.

La noche de las hogueras, zarzuela dramática en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa y verso, original, música del maestro Córdoba.

Poca Pena, sainete lírico en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, original, música de los maestros Torregrosa y Alonso.

Los molinos cantan... opereta holandesa, en tres actos, del maestro Van Oost. Versión castellana en colaboración con José Juan Cadenas.

La prosa de la vida, comedia en dos actos, original.

La Misa del Gallo, melodrama en dos actos, divididos en cinco cuadros, en prosa, original, en colaboración con Luis de Larra, música del maestro Torregrosa.

El bueno de Guzmán, zarzuela cómica en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, original, en colaboración con Enrique García Alvarez, música de los maestros Alonso y García Alvarez.

Los hombres de genio, sainete lírico en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa y verso, original, en colaboración con Miguel Chapí, música del maestro Cereceda.

La alegría del amor, fantasía lírica en un acto, dividido en seis cuadros, en prosa y verso, original, en colaboración con José Juan Cadenas, música del maestro Luna.

La señorita Capricho, vodevil en tres actos, arreglo de «La dame de Chez Maxim» de Feydeau, texto y cantables en colaboración con José Juan Cadenas, música de Bereny.

Obras de José Juan Cadenas

Inés de Castro ó Reinar después de morir, refundición lírica de la obra de Luis Vélez de Guevara, música de los maestros Calleja y Lleó (1).

El trágala, zarzuela en un acto y tres cuadros, prosa y verso, original (1).

La Walkyria, versión rítmica castellana, en tres actos, de la ópera de Wagner (1).

Las violetas, boceto de comedia en un acto y en prosa.

La Dolora, juguete cómico en un acto y en prosa (2).

El famoso Colirón, zarzuela en un acto y tres cuadros, en prosa y verso (3).

El primer pleito, comedia en tres actos y en prosa (4).

Género chico, humorada en un acto, dividido en cinco cuadros y dos intermedios, en prosa y verso (5).

El Delirio Dominical, humorada cómico lírica en un acto, dividido en cuatro cuadros, en prosa y verso (6).

La tragedia de Pierrot, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en verso (5).

El conde de Luxemburgo, opereta en tres actos.

La niña de las muñecas, opereta en tres actos.

¡¡Al fin, solos!! .. juguete cómico-lírico en un acto, original y en prosa (2).

La mujer divorciada, opereta en tres actos.

Soldaditos de plomo, opereta en tres actos.

Princesitas del dollar, opereta en tres actos.

Los molinos cantan... opereta en tres actos (5).

Los Húsares del Kaiser, opereta en tres actos.

Mis tres mujeres, opereta en tres actos (5).

Petit café, comedia en tres actos de Tristan Bernard.

Los inmortales, comedia en cuatro actos de Flers y De Caillavet.

La alegría del amor, fantasía lírica en un acto, dividido en seis cuadros, en prosa y verso (5).

La señorita Capricho, vodevil en tres actos, arreglo de «La dame de Chez Maxím» de Feydeau (5).

---

(1) En colaboración con D. Luis París.
(2) Idem con D. Enrique López-Marín.
(3) Idem con D. Enrique García Alvare
(4) Idem con D. Cristóbal de Castro.
(5) Idem con D. Ramón Asensio Ma
(6) Idem con D Agustín R. Bonn

Precio: DOS pesetas